



PROYECTO
DIDÁCTICO
QUIRÓN

Félix García Moriyón
(Coord.)



¿Puede alguien
conocerte mejor
que tú mismo?

I Olimpiada filosófica
de Madrid



Ediciones
de la torre

¿PUEDE ALGUIEN CONOCERTE MEJOR QUE TÚ MISMO?

I OLIMPIADA FILOSÓFICA DE MADRID

Esta edición se descarga gratuitamente por cortesía de la
Comisión Organizadora de la I Olimpiada de Madrid

©

De los textos: Los respectivos autores

De esta edición:

EDICIONES DE LA TORRE

Espronceda, 20 – 28003 Madrid

Tel.: 91 692 20 34 – Fax: 91 692 48 55

info@edicionesdelatorre.com

www.edicionesdelatorre.com

Primera edición: Septiembre 2011

ET Index: 552DQF33

ISBN eBook: 978-84-7960-490-5

Digitalizado por:

Iris, Cultura y Comunicacion, S.L.

Sorgo 45 - 28029 Madrid

El signo © (*copyright*; derecho de copia) es un símbolo internacional que representa la propiedad de autor y editor y que permite a quien lo ostenta la copia o multiplicación de un original. Por consiguiente, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

CONTENIDO

Tengo razón, pero..., Félix García Moriyón	4
Ariana Ortúzar Pasalodos (Ana Karenina)	11
Miguel Ángel Van Rysselberghe Parra (Dorian)	14
David González Tejada (Petit couchon)	16
Catalina Abell Garat (Srta. Poulain)	21
Jaime Alonso Maroto (La Divina Tragedia)	24
Andrada Priscila Iordache (Ani Kaze)	28
Marta Andrés Fernández (Longboarder)	30
Mario Benito Rodríguez (Lethor)	33
Beatriz de Castro Julve (Alatriste)	35
Pablo Corral Roldán.	38
María Jesús González Sánchez (Antígona)	41
Jorge Laraña Aragón (Fígaro)	44
Álvaro Martín Montero (Isabelino)	48
Jesús Martín Muñoz (Orfeo Urbano)	50
Pablo Rivera Pérez (Faetón)	53
Ramón Rodrigáñez Riesco (Siroco)	56
Rodrigo Salguero Torrado (León)	59
Tarek Salsaá Hernández (Res Cogitans)	63
Dámaris Sanz Martín (Sira Alighieri)	65
Laura Vicente Jiménez (Nayea)	68

PRESENTACIÓN

Gracias al esfuerzo de un grupo de profesores, con el apoyo de algunas instituciones, este año hemos podido organizar la I Olimpiada Filosófica de Madrid. Algunos centros educativos llevaban ya varios años participando en la Olimpiada Filosófica de Castilla León, hasta que consideramos llegado el momento de organizar nuestra propia Olimpiada en nuestra Comunidad Autónoma. Contamos con el apoyo inestimable de las personas que organizaban aquella Olimpiada y decidimos seguir muy de cerca su modelo, pues funcionaba bien y además abría la posibilidad de organizar en el futuro una Olimpiada que abarcara ambas comunidades, y quizá alguna más.

Afortunadamente, la propuesta tuvo muy buena acogida. Treinta y ocho institutos y colegios se inscribieron, lo que permite suponer que algo más de 2.000 alumnos y alrededor de 60 profesores participaron en la Olimpiada. Fueron veinte las disertaciones elegidas para pasar a la final, que se celebró en el I.E.S. San Isidro, de Madrid, aunque las jornadas de la final habían empezado el día anterior en la Facultad de Filosofía con una conferencia y con un debate entre alumnos de dos institutos. El tema propuesto en la final, como se puede ver en las disertaciones que publicamos, era «¿Puede alguien conocerte mejor que tú mismo?», una pregunta relacionado con lo que había sido el tema general de la Olimpiada, «¿Quién soy yo?».

Las personas finalistas contaron con 90 minutos para redactar su disertación y los resultados están a la vista. Consideramos que el nivel fue bastante bueno, lo que nos anima a quienes hemos intervenido en todo lo relacionado con la Olimpiada y nos invita a continuar la experiencia el próximo curso.

La publicación de los trabajos era una parte del premio. Es una manera de dar público reconocimiento al trabajo desarrollado por quienes son los máximos protagonistas de la Olimpiada y sus primeros beneficiados, los estudiantes. Estamos seguros de que la lectura de estas disertaciones resultará sugerente para quienes se animen a leerlos y servirá de estímulo y ejemplo a quienes en años venideros se inician en el riguroso ejercicio de la reflexión filosófica.

El comité organizador

TENGO RAZÓN, PERO...

Félix García Moriyón

A lo largo de la historia de la humanidad, los seres humanos han mantenido opiniones diversas sobre distintos temas, o sobre casi todos los temas. Algunos de esos temas eran más importantes que otros, y en algunos casos, épocas y sociedades diferentes no se daba especial importancia a las discrepancias mientras que en otros casos parecía necesario llegar a acuerdos, sobre todo para garantizar la vida en común. En estas situaciones, con demasiada frecuencia ha sido lo habitual intentar imponer el punto de vista de la mayoría, o de quienes se arrogaban la representación de la mayoría. Las imposiciones se podían hacer de manera muy coercitiva, castigando con dureza las discrepancias, o de maneras más persuasivas, buscando la conformidad social o lo que hoy día suele llamarse el pensamiento políticamente correcto. También se ha intentado siempre convencer a quienes pensaban de manera diferente utilizando uno de los rasgos más salientes del ser humano, su capacidad de razonar.

Cuando dos o más personas hablan, a veces cuando una persona habla consigo misma, somos muy conscientes de que es importante, incluso necesario, ofrecer argumentos para poder estar seguros de que nuestras opiniones están fundadas y pueden ser admitidas por nuestros interlocutores. No nos gusta caer en incoherencias ni contradecirnos, del mismo modo que pretendemos que aquello que decimos esté respaldado por datos o por información digna de toda confianza. Ciertamente es que con bastante frecuencia incurrimos en distorsiones, encubrimos hábilmente lo que decimos para ocultar las verdaderas razones que nos mueven a afirmar una cosa o a actuar de una manera o apelamos a razones que no son muy válidas y a datos que son poco fiables o simplemente falsos. Ese es el arte de mentir, en general para beneficio propio o del grupo de pertenencia, arte que está acompañado de una especial habilidad para detectar las mentiras que utilizan los demás, pues de este modo conseguimos refutar su argumentación y consolidar la nuestra. También hay casos en los que utilizamos algunos trucos para provocar el asentimiento, en general basados en apelaciones a los sentimientos o en el uso de medias verdades; es lo que se llama el arte de la persuasión

que suele ser útil para «ganar» en una discusión, aunque normalmente solo lo hace a corto plazo puesto que no logra en realidad convencer al contrario.

Quienes se han dedicado a analizar el lenguaje conversacional, señalan varias reglas que rigen nuestras conversaciones y en general el uso del lenguaje. La comunicación lingüística es una actividad cooperativa en la que los seres humanos entran en relación para alcanzar ciertos fines que comparten. Sin negar lo que he dicho en el párrafo anterior, hablar con alguien, como señalaba Grice, implica: que vamos a proporcionar la información necesaria, ni más ni menos; que dicha información es relevante para el tema que estamos discutiendo; y que es una información verdadera, esto es que no decimos nada falso y que poseemos pruebas sólidas para lo que decimos. Además, al hablar intentamos ser siempre muy claros, sobre todo para garantizar que la otra persona nos entienda bien. Todo acto de habla conlleva, por tanto, esa pretensión de verdad y busca con frecuencia convencer con buenas razones. Se trata, claro está, de una idea reguladora, que ciertamente no se cumple siempre, pero que se mantiene como exigencia de una comunidad ideal de hablantes que comparten un mismo esfuerzo por descubrir la verdad y resolver los problemas comunes, por difíciles que sean estos dos objetivos.

Cuando hablamos con los demás, y sobre todo cuando hablamos en serio, al menos en el sentido de que el tema nos interesa, nos parece relevante y tenemos algunas opiniones sobre el mismo, y también algunas dudas, somos más exigentes en todo aquello que hace referencia a la argumentación. Reelaborando unas muy sugerentes aportaciones de Hans Albert, siempre que una persona se embarca en una discusión, debe asumir tres principios básicos: a) en primer lugar, considera que las afirmaciones que hace son verdaderas dada la evidencia de la que dispone y de los argumentos que avalan su posición; es decir, está convencido de que tiene razón; b) escucha atentamente a los interlocutores porque admite que quizá sean ellos los que tienen razón o pueden aportar una perspectiva nueva sobre el tema, siendo su punto de vista, por tanto, incompleto o erróneo; c) el final de la discusión puede hacer ver que quizá ningún interlocutor tienen razón y todos están equivocados o simplemente sus tesis iniciales no son suficientemente sólidas; cabe también la posibilidad de que cada uno siga pensando que está en lo cierto y las otras personas se equivocan, enriqueciendo posiblemente la

argumentación que avala su punto de vista con razones que se han planteado durante la discusión.

Ciertamente, esta capacidad de entrar en la discusión en una equilibrada combinación de seguridad en lo que uno piensa y aceptación del posible error, exige determinadas capacidades cognitivas o de estricta argumentación racional, pero también ciertas capacidades afectivas que acompañan a un pensamiento riguroso. Para empezar, esta tarea argumentativa exige tener un adecuado sentimiento de sí mismo, de las limitaciones y posibilidades de la propia capacidad argumentativa; y debe ir acompañada por una adecuada fuerza del yo que le lleve a defender aquello que piensa que es correcto o es verdad, incluso cuando es la única persona que así piensa. Claro está que al hablar con otras personas debe también mostrar siempre una gran apertura mental, capaz de ponerse seriamente en el punto de vista del otro para entenderlo adecuadamente, siendo muy tolerante respecto a la diversidad de puntos de vista que existen en toda discusión. Puestas así las cosas, su pensamiento es siempre un proceso y un producto autónomo, personal y único, incluso en el caso de que sus opiniones coincidan con las de otras personas. Necesita relacionarse al mismo tiempo con confianza en que los interlocutores van a participar en la discusión siguiendo las normas básicas de la conversación que antes mencionaba; por eso mismo está dispuesto a mantener una actitud cooperativa, lo que conlleva la apertura hacia el reconocimiento de que el conocimiento humano en gran parte es algo construido en diálogo abierto entre diferentes personas, lo que algunos denominan intersubjetividad.

Es momento de volver a lo que decía al principio. Desde luego, esta capacidad de utilizar su razón y argumentar es algo que le ha dado al ser humano enormes posibilidades de supervivencia en su difícil relación con el medio ambiente. Pero sobre todo es algo fundamental para llevar adelante la cooperación con otros seres humanos, sin la cual la propia supervivencia estaría en serio peligro. Una adecuada y fructífera convivencia se basa en la discusión razonada de las diferentes opciones que se presentan en la resolución de los problemas que a todos afectan. Este es un rasgo que ha pasado a ocupar un lugar preferente en los modelos democráticos de convivencia que se van gestando a partir de la Ilustración. Las personas presentan como ideal la necesidad de plantear en público las diversas propuestas, argumentarlas en discusión abierta con los conciudadanos y decidir por consenso o por mayoría cuál es la solución que debe

prevalecer en aquellos casos en los que es necesaria una única solución. El voto de la mayoría no zanja en absoluto la verdad o falsedad de las opiniones propuestas, sino que es en sí mismo un procedimiento valioso para tomar decisiones, que podrán ser revisadas en un momento posterior si se llega a ver que no son adecuadas. Se renuncia, por tanto, al uso de la fuerza para imponer una manera de pensar o ver las cosas y se valora como muy positiva la diversidad de opiniones, dando por supuesto algo que en principio puede ser evidente: los diferentes puntos de vista enriquecen a una comunidad y permiten elaborar propuestas de solución para los problemas más acertadas y más verdaderas.

El corolario que se desprende de lo anterior es que toda sociedad que quiera avanzar hacia una democracia real debe cuidar la competencia argumentativa de los ciudadanos y fomentar la participación de la ciudadanía en las discusiones que abordan los problemas de la vida ciudadana. Ahora bien, siendo cierto que esa capacidad argumentativa es algo que nos viene dado de nacimiento, resulta absolutamente imprescindible educarla para convertirla en una genuina competencia cognitiva y afectiva imprescindible para la vida personal y social entendidas democráticamente. En las primeras décadas de la aparición de la tradición filosófica occidental, algunos pensadores se dieron cuenta de que esa tarea educativa debía ser sumida por toda la ciudad, pero de una manera especial por quienes habían reflexionado más sobre el arte de la argumentación y la habían puesto en práctica. Uno conjunto de filósofos, que pasaron a la posteridad con el nombre de sofistas, se dedicaron de manera sistemática, y en algunos casos profesionalmente, a la tarea de educar a sus conciudadanos en las reglas de la argumentación. E iniciaron un camino que se ha mantenido abierto desde entonces: una determinada manera de entender la práctica de la filosofía que establecía un estrecho vínculo entre la competencia filosófica y la vida ciudadana democrática. Sócrates sería sin duda el que dejó una huella más profunda en este enfoque específico de la actividad filosófica.

Por eso es tan importante lo que aporta la filosofía a la enseñanza, siempre y cuando el eje de su enseñanza y aprendizaje pivote sobre esta profunda interrelación entre el pensamiento autónomo riguroso, a un tiempo crítico y creativo, y la convivencia democrática. Posiblemente la enseñanza de la filosofía no sea condición necesaria; sin duda no es condición suficiente, pero está claro que adecuadamente enseñada constituye

un potente instrumento para alcanzar ese objetivo. Hay países en los que la filosofía no está presente en los niveles de enseñanza obligatoria y tienen un profundo compromiso democrático. Hay otros, como es el caso de España, en los que la filosofía sí está presente y permite a alumnado y profesorado embarcarse en la dura tarea del pensamiento bien fundamentado, en el pensamiento cuya verdad viene siempre avalada por una rigurosa argumentación.

Para lograr que los estudiantes avancen en el dominio de ese difícil arte argumentativo, son diversos los procedimientos que pueden emplearse en el aula, siendo posiblemente el recurso a la discusión filosófica durante de las clases uno de los fundamentales. Eso es algo que hacía Sócrates de manera constante, y que Platón recoge parcialmente en sus diálogos. Otro recurso es la práctica de la disertación, un tipo de ejercicio que hunde sus raíces en la aparición de la filosofía escolástica, allá por el siglo X, cuando en las primeras escuelas monacales y universitarias los estudiantes practican con asiduidad la argumentación en lo que ellos llamaban las *questionae disputatae*. El esquema central es sencillo: se plantea un problema en forma de pregunta, y responderla es el objetivo de la exposición. Para ello, el estudiante debe empezar por aclarar el sentido de la pregunta presentando lo que va a ser el núcleo de su respuesta a la misma. A continuación pasa a exponer los argumentos que prueban la validez y verdad de su respuesta, prestando especial atención a la refutación de los argumentos que exponen quienes defienden una tesis contraria. Una conclusión final sirve para recapitular lo defendido y lo argumentado, cerrando provisionalmente el tema. Queda abierta la posibilidad de que en momentos posteriores, la misma persona pueda modificar su posición a la vista de los nuevos argumentos encontrados. Practicada de ese modo, la disertación se convierte en una excelente ocasión para desarrollar un pensamiento personal bien articulado y argumentado.

Esta Olimpiada Filosófica de la Comunidad de Madrid se plantea como uno de sus objetivos fundamentales animar al profesorado a que ponga en práctica la disertación filosófica como instrumento básico tanto del aprendizaje de la filosofía como de la evaluación de los avances logrados por el alumnado en dicho aprendizaje. Seguimos una propuesta iniciada ya en otras Comunidades Autónomas, en concreto la Olimpiada que organizan en la Comunidad de Castilla León. Es una invitación a que el profesorado de filosofía y su alumnado se animen a familiarizarse con la redacción de

breves ensayos filosóficos y aprendan a argumentar bien, a distinguir las buenas de las malas razones, a evitar contradicciones y falacias argumentativas, a abordar con seriedad los problemas buscando siempre la respuesta que mejor avalada esté por los argumentos. Damos por supuesto que, creadas determinadas condiciones de trabajo en las aulas y practicado sistemáticamente el proceso de argumentación, los alumnos podrán hacerlo bien. El marco de la Olimpiada recoge lo que son los ideales olímpicos contemporáneos de actuar *citius, altius, fortius*, practicando siempre el juego limpio que respeta las reglas y busca la excelencia sin trampas, que aspira a la victoria pero sabiendo sobre todo participar en compañía de los iguales, lo que incluye claro está saber ganar y saber perder.

Lo que sigue son las disertaciones elaboradas por los estudiantes en la fase final de la Olimpiada, celebrada en el Instituto de Enseñanza Secundaria San Isidro de Madrid el día 9 de abril de 2011. Fueron veinte las personas que llegaron a la final, tras una fase previa en la que hubo que seleccionar las mejores veinte disertaciones de las 75 presentadas por estudiantes de 38 institutos y colegios. Antes de esa fase, el trabajo fundamental se había hecho en las clases. Profesores y alumnos se habían ocupado en la reflexión sobre la identidad personal, elaborando disertaciones sobre ese tema genérico, o mejor aún, sobre la formulación del mismo que está presente en una de las preguntas fundamentales de la filosofía: “¿Quién soy yo?” Si tenemos en cuenta que probablemente en torno a 100 o 150 alumnos en cada centro participaron en esos trabajos, estamos hablando de un elevado número de estudiantes, entre 3.800 y 5.700, lo que es sin duda una cifra significativa que anima a quienes nos hemos implicado en la organización de este evento.

Termino ya esta breve presentación para dar paso a las disertaciones que redactaron los estudiantes en la final. Tuvieron algo más de 90 minutos para responder a una pregunta que no era sencilla: «¿Puede alguien conocerte mejor de lo que tú te conoces a ti mismo?» No contaron con ningún material de apoyo, sólo con sus propias reflexiones acumuladas durante el curso escolar. Y basta leer los textos para darse cuenta de que salieron airoso del desafío. Las disertaciones tienen calidad; las tres que obtuvieron los primeros puestos son unos buenos ejemplos de solidez argumentativa, a la par que una muestra de originalidad creativa. Son una clara refutación de algunos juicios excesivos que insisten en la bajada constante de la calidad de la formación de

nuestros estudiantes. Hay buenos alumnos, estudiantes que logran metas de buen nivel, sobre todo cuando se encuentran con profesorado que les exige y apoya, que les abre caminos y les provoca para que reflexionen sobre las preguntas genuinamente relevantes.

Y algo más todavía. Nos muestra que la actividad filosófica es, a pesar de su rigor argumentativo y su nivel de abstracción, algo que atrae a muchos jóvenes. Sin duda tenía razón el sabio Epicuro en el inicio de su *Carta a Meneceo*, al invitar a todos a la reflexión filosófica. Son sus palabras las que cierran esta introducción a las veinte disertaciones finalistas de la I Olimpiada Filosófica de la Comunidad de Madrid:

«Cuando se es joven, no hay que vacilar en filosofar, y cuando se es viejo, no hay que cansarse de filosofar. Porque nadie es demasiado joven o demasiado viejo para cuidar su alma. Aquel que dice que la hora de filosofar aún no ha llegado, o que ha pasado ya, se parece al que dijese que no ha llegado aún el momento de ser feliz, o que ya ha pasado. Así pues, es necesario filosofar cuando se es joven y cuando se es viejo: en el segundo caso para rejuvenecerse con el recuerdo de los bienes pasados, y en el primer caso para ser, aun siendo joven, tan intrépido como un viejo ante el porvenir. Por tanto hay que estudiar los medios de alcanzar la felicidad, porque, cuando la tenemos, lo tenemos todo, y cuando no la tenemos lo hacemos todo para conseguirla». (*Carta a Meneceo*, en R. Verneaux, *Textos de los grandes filósofos. Edad Antigua*, Herder, Barcelona 1982, p.93-97).

Ariana Ortúzar Pasalodos (Ana Karenina)

Colegio Senara. Madrid

Primer Premio

Desde el momento en que alguien dijo: “Eso es relativo”, todo cambió para siempre. Más aun cuando en 1905 Albert Einstein pronunció su teoría de la Relatividad. La percepción individual de la realidad comenzó a cobrar importancia frente a esa “Verdad Absoluta”, igual para todos, que habían defendido tantos filósofos. Quizá por eso, si preguntamos a alguien qué piensa de nosotros, las respuestas serán múltiples, y puede que incluso contradictorias.

Hoy en día está muy de moda no tener tiempo para nada. Vivimos a toda prisa, a veces sin saber por qué vivimos, y es frecuente oír consejos como: “tómame un fin de semana de tranquilidad para encontrarte contigo mismo”. Es como si durante el año no tuviéramos ni idea de quiénes somos, y sólo durante esos días de vacaciones pudiéramos entendernos, conocernos, ser nosotros. Sin embargo, no es el ruido exterior ni el estrés lo único que nos ciega, pues nuestra limitación más grande es otra: está dentro de nosotros mismos.

Supongo que todos hemos intentado alguna vez mirarnos la punta de la nariz sin conseguir nada más que ponernos un poco bizcos. No podemos. Y es que, como ya habremos oído, “el hombre es un misterio para el hombre”, porque estamos sumergidos completamente en aquello que intentamos comprender. Por ello, el invento del espejo fue revolucionario, pues nos permitía vernos enteros sin las limitaciones de la localización de nuestros ojos. Es curioso cómo, desde nuestra perspectiva visual, podemos ver nuestros brazos, nuestros p.I.E.S., nuestras manos...sin que nos sea posible contemplar nuestro rostro. Lo mismo sucede a la hora de conocernos más allá de nuestro físico: somos capaces de saber ciertas cosas de nosotros, pero, para otras, quizá necesitemos un espejo. Pero, ¿dónde encontrarlo?

Algunos filósofos han proclamado que nuestro ser depende de los demás, pues si nadie me conoce, no existo. Es difícil imaginar que nadie nos conociera, pues el hombre es un ser social por naturaleza, y lo raro es encontrarse solo. Necesitamos de los demás para sobrevivir, para lograr retos, para mejorar..., y, por supuesto, también para conocernos. Ortega propondría el *perspectivismo* como su teoría del conocimiento, exponiendo que la realidad es la suma de perspectivas, y, puesto que nosotros estamos limitados por nuestra circunstancia, por nuestro punto de referencia, necesitamos perspectivas exteriores que enriquezcan nuestra visión.

Una de las principales causas de separaciones, divorcios, decepciones, etc., es la conocida frase: “No nos conocíamos de verdad”. Podemos pensarlo fríamente llegando a la conclusión de que es casi imposible que alguien conozca nuestros pensamientos, sentimientos, experiencias...Es necesario mucho tiempo para que dos personas se entiendan y, claro está, para que se conozcan; pero lo cierto es que no hace falta saberlo todo el uno del otro. Pensemos que un espejo tampoco es el instrumento más complicado del mundo, y, del mismo modo, tampoco se necesita una tesis doctoral para llegar a conocer verdaderamente a alguien.

El inconveniente (al menos “aparentemente”) que supone el que una persona no conozca nuestro pasado, nuestras vivencias, creencias o forma de pensar, es al mismo tiempo una gran ventaja. Lo queramos o no todos tenemos una idea preconcebida de lo que somos; tenemos muy presentes nuestros defectos, nuestros errores y nuestras limitaciones. Aunque creamos ser objetivos no podemos serlo, pues estamos influidos por los prejuicios que de algún modo tenemos. Cuando contemplamos un cuadro impresionista desde muy cerca, sólo vemos manchas, puntos trazos de pincel sin sentido alguno, caos. Podemos, incluso, comenzar a sacar defectos al cuadro, encontrar manchas, zonas mal coloreadas, mala combinación de colores...Pero, ¿qué pasa cuando nos alejamos un poco del cuadro? Situados a la distancia apropiada percibiremos toda la belleza que escondían esas manchas, todo el sentido que adquiere lo que antes era caos. Nosotros mismos somos muchas veces un cuadro impresionista mirado desde demasiado cerca, y para conocernos no basta con unos días en la playa tomando el sol, esperando una iluminación que nos muestre como somos.

Volviendo al pensamiento de Ortega, recordemos que, para él, todas las perspectivas son verdaderas, verídicas y necesarias. Sin embargo, no creo que todas las

opiniones de los demás sobre nosotros mismos sean reales. También la persona que intenta conocernos está limitada por la primera impresión que le dimos, sus propias opiniones sobre ciertos temas. Es imposible encontrar a alguien totalmente imparcial, pero eso no es un obstáculo, porque nosotros tampoco lo somos. Entonces, ¿puede alguien conocernos mejor de lo que nosotros nos conocemos? La respuesta es sí, pero es nuestro error respecto a lo que significa “conocer” lo que nos lleva a desconfiar en esta posibilidad.

Vivimos en un mundo en el que prima el querer ser mejor que los demás, saber más cosas, tener más éxito. Sin embargo, creo que se aprende más viendo cuadros, esculturas y grabados que estudiando todas las características del Románico, del Gótico o del Rococó. De igual forma, debemos aprender a conocer a los demás sabiendo que no es necesario conocer todos los detalles de su vida, sino saber admirar lo valioso que hay en ellos. A su vez, no podemos ser tan ingenuos de pensar que esto no requiere esfuerzo; pues, igual que un espejo cuanto está sucio refleja mal la imagen y hemos de esforzarnos por limpiarlo, así tampoco vamos a conocer nada de nadie sin cierto empeño. Y este empeño requiere cooperación por parte de dos personas: la que conoce y la que desea ser conocida.

Bécquer nos decía que el amor es encontrar a alguien que saque de ti tu mejor tú. Que nos permita ser la mejor versión de nosotros mismos, que nos muestre el rostro que sólo vemos en el espejo. Alguien que sea capaz de esto es alguien que nos conoce a fondo; y esto implica no sólo saber cómo somos, sino también saber cómo podemos llegar a ser. Encontrar una persona así es encontrar nuestros espejos, nuestra forma de recibir una imagen de nosotros mismos lo más exacta que puede ser.

Me niego a creer en el amor a primera vista, o a pensar que dos personas estén predestinadas, pero pienso que, si hay alguien que nos puede conocer mejor que nosotros mismos, es sólo alguien que nos quiera de verdad; porque, si lo hace, es porque está situado en el lugar perfecto para admirar lo valioso que somos, para comprender sin prejuicios ni ideas preconcebidas lo que nos hace únicos, la esencia que escondemos. Se trata así de una simbiosis, ya que el que otra persona nos conozca nos ayuda a perfeccionar nuestra visión de nosotros mismos; nos permite, de verdad, encontrarnos con nosotros mismos, y será lo mejor que tenemos. Será la mejor versión de nuestro yo.

Miguel Ángel Van Rysselberghe Parra (Dorian)

I.E.S. Cervantes. Madrid.

Segundo Premio

Nadie te conoce mejor que tú mismo. Tu actitud, la consecuencia práctica de la identidad personal, es algo que podría predecir aquél que supiera de ti, de tu historia; pero esto no quiere decir, ni por asomo, que te “conozca” mejor de lo que tú mismo te conoces.

La identidad de una persona, su ser radical y último, es algo innato, definido desde un principio, pero inefable. Siempre somos nosotros, y siempre sabemos cómo somos mejor que cualquier otra persona; lo que ocurre es que nuestra esencia, nuestra identidad, aun estando siempre presente en nosotros y en todo lo que hacemos, no es definible: está más allá del vocabulario. Y éste es el motivo por el cual a veces nos sentimos desorientados con respecto a ella: tratamos de definirnos con palabras (“cruel”, “bondadoso”, “avaro”...), y, cuando algo, alguna acción o nuestra actitud, no se adecua a esta idea de nosotros que hemos definido, entramos en una crisis y no sabemos, o mejor dicho, creemos no saber quiénes somos.

Durante estos períodos de crisis, de conciencia de esa falsa ignorancia, a menudo aparecen figuras externas que, por unos motivos u otros, nos hacen ver y creer que nos conocen a nosotros mejor que nosotros mismos.

Pero, ¿cómo puede alguien hacerte creer semejante mentira? La respuesta es sencilla: cuando conoces a alguien, cuando conoces su historia, su conducta y sus hábitos, es relativamente fácil predecir su comportamiento. Así, podrían hacernos ver que nos conocen. Y, si nuestra convicción en nuestra ignorancia acerca de nuestra identidad, -en definitiva *nuestra crisis*-, es lo suficientemente fuerte, podríamos llegar a creerlos. ¿Acaso no hemos llegado en algún momento a creer que nuestros padres, por ejemplo, nos conocen mejor que nosotros mismos? Sin embargo, y para bien o para mal, sólo nosotros nos conocemos, sólo nosotros intuimos la esencia real que nos conforma.

A menudo la idea que está detrás de la pregunta acerca de si alguien podría conocernos mejor que nosotros mismos es, nada menos, que la de controlarnos. Y es que, en efecto, si alguien te conoce mejor que tú mismo, ¿no tiene esa persona más derecho que tú a dirigir tus acciones? Porque, pensemos: cuándo se formulan preguntas como ésta, ¿bajo qué circunstancias le conviene a alguien que pensemos que ese alguien nos conoce mejor que nosotros mismos? Está claro que este tipo de argumentos se usan cuando a alguien le interesa, por el motivo bueno o malo que sea, subyugar de alguna forma tu voluntad, hacerte ver que siguiendo sus órdenes e ideas podrías llegar a un beneficio personal al que no podrías llegar por tu propia cuenta tú, que se supone no te conoces tan bien como él -o ella- te conoce, que no sabes lo que realmente te conviene o deja de convenirte. Pero nadie debería pensar así, porque dejarse manipular es inmoral, es tratar de interpretar un papel para el que no fuimos elegidos; por lo demás, no deja de ser ciertamente fútil tratar de cambiar algo inflexible como la identidad. Podemos aportar más o menos perspectivas a alguien, cambiar su forma de ver las cosas haciéndole saber algo que desconocía, pero no podemos modificar su identidad, ni siquiera uno mismo es capaz de desafiarla: no hay voluntad más allá de la propia identidad.

Así que la respuesta a la pregunta planteada es clara: no. Los demás pueden predecir nuestra conducta, pero eso no es más que la consecuencia práctica de la identidad, y viene definida por el grado de perspectiva, por lo que sabemos acerca de las cosas. Pero tu esencia, tu identidad, el espíritu, la cifra que posees y que te posee, es algo que sólo tú puedes intuir. Siempre eres tú mismo, porque, para bien o para mal, nunca nadie te conocerá mejor de lo que tú te conoces.

David González Tejada (Petit couchon)

I.E.S. Severo Ochoa. Alcobendas.

Tercer Premio

Una pareja de novios acaba de terminar 1ª de Bachillerato. Es Junio y el sol comienza a quitarles la ropa poco a poco. Los dos jóvenes yacen en un parque rodeados de naturaleza: césped, hormigas, flores... Lucía y Adrián han aprendido durante el pasado curso lo que jamás habían imaginado: que si límites tendiendo a ceros en terrazas infinitas, que si glándulas digestivas, que si la puta alcahueta de la Celestina se movía únicamente por el interés... Muchísimos conocimientos que estaban orgullosos de albergar. Sin embargo, existía aún un conocimiento que a Adrián le carcomía: quería saber si su novia lo conocía tal y como él era; de verdad, sin máscaras ni nada que enturbiase su auténtica personalidad. Quería saber si su verdadera identidad era captada por Lucía. Por ello empezó una conversación:

—¡Por fin libres Lucía! Estoy satisfecho del año que acabamos de vivir juntos. El mejor de todos los cursos que he pasado y, además, a tu lado.

—La verdad es que sí. Jamás habría imaginado un curso tan trepidante y lleno de experiencias como el que acabamos de vivir. Hablando de libertad, ¿te acuerdas de nuestras clases de filosofía en las que debatíamos sobre ella? «El hombre está condenado a ser libre» Esta frase cayó en el examen global. ¡Qué noches tan largas analizando pensamientos de personajes tan...auténticos vamos a llamarlos!

Adrián ríe ante la ironía de su novia y continúa charlando con ella:

—Pero, pese a todas las horas pasadas en clase de filosofía, la “sapo” jamás nos planteó dudas o preguntas de esas que te hacen replantearte quién eres.

Lucía cambia de posición para orientarse mejor hacia su novio, pues sabe que, razonando, es de los mejores en su clase, y siempre le gusta escuchar atentamente a todo lo que dice. Adrián continúa:

—Sí ya sabes, preguntas como, por ejemplo, ¿quién eres tú? o ¿puede alguien conocerte mejor que tú mismo? ¡Preguntas existenciales! Esas son las que cuestionan sobre tu identidad.

—Bueno Adrián, pero sí que tratamos cuestiones y dudas en torno a esto. ¿Recuerdas a Ortega? «Yo soy yo y mi circunstancia». ¿No es suficiente este acercamiento?

—No. Ya sabes que a mí me gusta llegar al fondo de todos los fregados en los que me meto; analizar el por qué esto o el por qué esto otro. Y, sinceramente, en este campo Ortega no me aclara nada en absoluto. Así que, por favor, dime: ¿quién soy yo?

—Eres Adrián, mi novio.

Lucía se sentó del todo sobre el césped, pues auguraba una tarde soleada charlando de filosofía con Adrián.

—Sí, pero aparte de Adrián, ¿quién más soy?

—Eres un chico muy guapo de dieciséis años, que toca el contrabajo cual Mozart el piano, y que quiere estudiar magisterio de primaria para dar clases de música.

—¡Cómo se nota todas las tardes que nos hemos pasado conociéndonos! Pero, pese a esto que me dices, me gustaría saber qué más sabes sobre mí; es decir, podrías definir mi personalidad.

—De acuerdo —dijo Lucía que ya estaba totalmente concentrada en analizar la personalidad de su novio—. A ver, primeramente eres un chico extrovertido a quien le gusta dialogar con la gente para impregnarse de todo cuanto pueda a fin de crear una base sólida para su personalidad. Mira, te pongo un ejemplo: el verano que viniste a mi pueblo conociste a mi familia. Lo primero que hiciste al ver a mi padre fue hacerle una broma sobre su calva. ¡Qué momento más tenso! Pero a él le hizo gracia y, desde entonces, charla contigo, pues sabe que tu razonamiento no es como el de cualquier chico de tu edad; a ti te gusta, como bien has dicho, aclarar todos los fregados en los que te metes. Mi padre, profesor de filosofía, ya me ha comentado que eres un buen pensador ya que aún conservas tu capacidad de asombro por el mundo y, eso cario, lo conserva poca gente.

Adrián estaba sorprendido. ¿Cómo podía ser que Lucía y el calvo de su padre le definieran tan bien, de una forma tan preciosa? Lo mejor de todo es que ni siquiera él se había dado cuenta de esa capacidad de asombro que ellos mencionaban. Movidado por la curiosidad instó a Lucía a que continuase definiéndolo:

—Vaya, me dejas KO Lucía. Mira que normalmente soy yo quien expone mis ideas claras y te abre posibilidades que tú no conseguías ver; pero hoy se han invertido los papeles.

—«Nada permanece, todo fluye». ¿O no, Adrián? Bueno, continuemos con nuestros asuntos y dejemos a la antigua filosofía en sus quehaceres. Aparte de ser extrovertido también eres un tanto pitagorín. Tú, ya sabes, crees que en las materias en que destacas no hay nadie que sepa más que tú; incluso “la sapo” es una ignorante a tu lado.

Adrián se quedó perplejo. ¿Que él era un pitagorín? ¿De verdad esas palabras habían salido de la boca de su novia? No se lo acababa de creer, así que preguntó:

—¿Por qué piensas eso Lucía?

—Me explico, y, no te asustes, que todo esto persigue un buen fin. ¿Recuerdas al principio de curso cuando en filosofía estábamos estudiando los filósofos griegos, más en concreto a Platón?

—Sí, me acuerdo.

—Bueno, pues, en un momento del temario, al analizar los dos mundos que Platón percibía, tú te opusiste tanto a él como a la sapo, argumentando que esa conjetura era imposible.

De pronto Adrián recordó esa clase. Fue una de las peores de su vida, ya que perdió la cabeza y empezó a soltar tonterías por la boca.

—Ya, ya, ya... Sí que me opuse. ¿Por qué lo dices?

—Porque fuiste un estúpido. ¿Cómo te atreves a oponerte a la sapo? Y más aún, ¿Cómo se te ocurrió oponerte a Platón cuando era mucho más racional que tú? Te comportaste como un pitagorín. Te enfrentaste durante una hora a la sapo sin ningún argumento, sólo porque creías que la existencia de dos mundos era una locura y que el

mundo de las ideas no existe. De este hecho aprendí lo irracional que puedes llegar a ser en algunos casos, *mon petit couchon*.

Su novia tenía razón, había sido un enorme estúpido. ¿Cómo se creyó capaz de superar a Platón, cuando fue él quien marcó las pautas de este juego? Sin duda alguna, estaba empezando a convencerse de que sí puede haber alguien que le conozca mejor que él mismo: su novia. Y eso que sólo contaba con dieciséis años; a los ochenta tendría cuatro o cinco personas que serían capaces de escribir un buen discurso de despedida cuando su cuerpo desnudo tuviera que partir a la mar. Como ya habían empezado el tema y no se podía quedar a medias, Adrián insistió en él:

—Muy bien, soy Adrián, de dieciséis años, extrovertido y estúpido al mismo tiempo. Ahora dime una cosa: ¿cómo te has dado cuenta de todo esto?

—No debes olvidar que mi padre es filósofo y que, por tanto, me da ciertas pautas para caminar por el sendero de la vida. «Sigue con el método aristotélico, persigue la observación que dará lugar a la experiencia y, de este modo, descifrarás grandes enigmas», me dijo mi padre. Entonces yo me puse al lío, a observar y observar sin más.

—¡Vaya! ¿Por eso estás tan ausente a veces? ¿Porque sólo observas? Me gusta el método aristotélico más que el de Platón. “La experiencia para conocer”, es un buen lema.

—¡Y tanto! Así es como he llegado a conocerte tal y como eres, con tus defectos y tus virtudes. Pero aún tengo más metralla que soltarte, que esto aún no ha terminado.

—Tiemblo ante tus amenazas –bromeó Adrián-

—De nada te servirá. Atento a lo voy a contarte, que es muy importante ya que contestará a tu pregunta sí o sí. Haz memoria: hace dos años cuando estábamos tonteando, al acabar el verano y ambos comenzamos las clases.

—Sí, sí, ya me sitúo.

—Pues entonces no habíamos concretado si éramos pareja o no. Por ello tú, que eres un tanto “hormonado”, te diste a la vida del libre albedrío, polinizando aquí y aquí también. ¿Me sigues?

Adrián se ruborizó, pues ya se acordó de su época más movida.

—Sí, claro, como para olvidarla, contestó.

—Pues bien, a mí me dolió mucho lo de tus polinizaciones, ya que creía que eras algo más que un simple zángano. Entonces mi padre y yo charlamos. Él me dijo algo así como: «No todas las personas son buenas; algunas son malas como la vida misma y debes aprender a conocerlas sin utilizarlas, no como está haciendo el vivalavida de Adrián. “Obra de tal modo que trates a la humanidad tanto en tu persona como en la de los demás siempre como fin y nunca como medio” y no instrumentalices a tus allegados, hija!» De esta conversación yo deduje que eras un estúpido, claro, pero también que no conocías las enseñanzas de Kant, pues si hubI.E.S.es escuchado aquella frase jamás habrías obrado de tal forma ya que tu razonamiento te lo habría impedido.

¡Oh Dios!, Adrián acababa de recibir una gran lección de su novia. Ella, que no él mismo, había sido capaz de conocerlo a él mismo. ¡Era magnífico! Su personalidad residía en ella y, a partir de esa tarde soleada, rodeada de naturaleza, en él también todo había dado un vuelco: Adrián se sentía más realizado, como más lleno que antes de hablar con Lucía. La verdad es que su conversación había sido mucho más fructífera que muchas de las clases con la sapo, ya que había dado sentido a algo distinto, a su personalidad. Y todo con una simple charla tomando el sol. «Da gusto saber lo que te puede aportar el charlar con tus allegados», debió pensar también Sócrates.

Catalina Abell Garat (Srta. Poulain)

I.E.S. Felipe II. Madrid

Ya he perdido la cuenta de las veces que me pregunté si acaso una persona cercana a mí podía conocerme mejor que yo misma.

En un principio, esta cuestión resultaría, como mínimo, absurda. Y es que ¿cómo una persona que no forma parte de mí, que no puede conocer mis anhelos, mis más ocultos deseos, las sensaciones que me invaden o inundan, o los pensamientos que atraviesan mi cabeza a velocidades atómicas, podría llegar a saber más que yo?

Es, sin duda, un pensamiento poco alentador para aquellos que como yo, se guardan en numerosas ocasiones de mostrar abiertamente sus sentimientos o emociones. Y pueden ustedes tacharme de fría, o de poco sociable quizás, pero no podrán negar que el hecho de que alguien pueda saber en todo momento lo que pienso o siento, (tomadas como las expresiones fundamentales de mi yo, los «modos del yo», que diría Descartes), me coloca en una situación de clara desventaja y me hace tremendamente vulnerable ante esa persona. ¿Qué ocurriría si él o ella decidieran utilizar esas ventajas, este “plus” de conocimiento, para su propio beneficio?

Aun así, considero especialmente difícil que esto suceda. Y es que, pensando en esto (como a todo ser pensante que duda luego existe) se me plantea una nueva duda, un interrogante similar, pero que considero, algo más preciso: ¿cómo alguien puede conocerme mejor que yo, si ni yo misma me conozco?

Sigmund Freud se encargó de demostrar que existe un yo inconsciente, oculto y anhelante. Un super-yo, que apenas se muestra ante nosotros o ante la gente, pero que de una forma completamente irracional, y un poco animal, si me permiten el atrevimiento, nos domina y nos posee. Hay quien incluso considera que sólo somos nosotros mismos cuando este super-yo sale a la luz. Pero eso ya es una historia aparte.

Lo que pretendía plantear con esto, es que, dado que ese yo, esa parte de mí, permanece oculto la mayor parte del tiempo, y ni yo misma la conozco, resulta un tanto inverosímil pensar que alguien ajeno a mí puede, si quiera, asomarse a él.

Antes de pasar a otro punto me gustaría señalar que, si bien el psicoanálisis freudiano como terapia ha sido catalogado por muchos como inútil y poco riguroso, no podrán negar que ese super-yo existe. De todas maneras, no se trata sólo de las teorías freudianas, las que sustentan mi argumento.

Es cierto que una persona puede conocernos mucho: nuestro pasado, nuestra ideología, nuestra forma de actuar y de reaccionar ante una situación...No en vano la gente acuña aquella frase tan común de :”te conozco como si fuera tu madre”.

Pero siguiendo la teoría de Hume, somos un haz de percepciones, tal y como dije en mi anterior disertación: sentimos, señoras y señores, no cabe duda de que sentimos.

Y si sentimos, si lo que conforma gran parte de nosotros son esas sensaciones (unidas por los recuerdos), ¿cómo puede una persona que no se encuentra dentro de mí, (lo cual, permítanme la expresión, resultaría de lo más macabro), ver lo que yo veo, oler lo que yo huelo, sentir lo que yo siento?

Humildemente, y desde mi más sincera ignorancia, nunca he estado muy de acuerdo con aquellos filósofos o psicólogos que como Kant afirman que el conocimiento debe ser igual en todos los hombres ya que proviene de la razón. Es una teoría que entiendo, pero no comparto. Posiblemente me acerque más a las teorías cognitivas que consideran que percibimos los elementos que nos rodean, y que después son unidos en el cerebro para conformar imágenes totales.

Así pues, considero que yo no siento igual que ninguna otra persona. Somos únicos e irrepetibles. Nuestro código genético así lo señala como prueba empírica, y nuestra personalidad y nuestro carácter , como prueba menos tangible.

No hay una persona idéntica a otra, y por tanto, nadie puede sentir lo que yo siento. Lo que me lleva a poder afirmar, no sin cierto asomo de duda (probablemente más cartesiana que otra cosa), que nadie podría adivinar, ni saber , ni conocer, TODOS los aspectos de mi yo.

Es agradable cuando encuentras a una persona que te entiende sin necesitar demasiadas palabras. Es bonito cuando aquellos que te rodean son capaces de saber lo que quieres, sientes o necesitas sin que tú lo expreses verbalmente. Y que alegría nos inunda cuando, de una forma u otra nos basta una mirada para entendernos con alguien.

Sin embargo, aún conservo la esperanza (y quizá sólo sea eso, un anhelo, un deseo, más que una realidad) de pensar que soy un poquito mía, que existen cosas de mí que nadie intuye o sospecha. Es como guardar un pequeño secreto, nos hace sentirnos más poderosos, importantes.

Al mismo tiempo, reconozco que no me gustaría saber todo de una persona. El mundo perdería su gracia ¿no cree? Ya sabríamos lo que va a pasar, y la vida perdería emoción, sin duda. Incluso si me apuran, les diré que me gusta un poco no conocerme del todo a mí misma. Si no fuera así, no sería necesario madurar, creer, vivir. Estaríamos ya hecho y derechos, y la existencia en sí perdería gran parte de su sentido. Incluso el super-hombre de Nietzsche quedaría desprovisto de su significado, si fuéramos capaces de nacer conociendo cada rincón de nuestro yo.

Hay un detalle que se me escapaba y que no puedo dejar de mencionar. Y es que puede que una persona nos conozca mucho ahora (suponiendo que exista un momento al que podamos llamar ahora), pero no puede saber, ni siquiera sospechar, lo que nos deparará el futuro, y los cambios que este obrarán en mí.

Con todo esto creo poder afirmar que no hay una persona que me conozca mejor que yo misma y ¿qué quieren que les diga?, me alegro.

Jaime Alonso Maroto (La Divina Tragedia)

Colegio Salesianos de Atocha. Madrid

El ser humano, desde su cuna hasta su tumba, ha sido víctima del desconcierto vital en cuanto a sí mismo. Tal afirmación se justifica en la profunda ignorancia humana respecto a los temas que más conciernen a la propia humanidad: la personalidad. La carrera tecnológica se ha basado integralmente en dejarnos de lado, aparcando el sentido más estrictamente único de la persona. Si esta tesis puede ser determinada en casos generales, cuánto más será extrapolada e inducida al individuo. Como regla general, el hombre conoce más cuanto menos personalizada es la cuestión referida. Los ojos del alma racional clavarán la mirada lejos de la propia persona, ergo el autoconocimiento está condenado a ser vagas hipótesis de sí mismo. Entonces será el resto del mundo quien conozca más al hombre en cuestión y, lo que es aún más importante, se formará una opinión, un juicio, una historia que contar.

Ya en la Antigüedad nos advertían los griegos –precursores en primera instancia del pensamiento contemporáneo- de que el hombre no es más que un animal social, racional y de costumbres. Esta tendencia a la comunión interpersonal compromete un mutuo conocimiento, un análisis evaluativo, ese escudriñar curioso que tan a menudo es principal causante de nerviosas incomodidades. Lo quiera o no, el hombre está predestinado a conocer, y esa meditación sobre el entorno enfoca su atención una y otra vez en la verdad objetiva más sorprendente del Universo: el hombre. Un amasijo bioquímico, pensarán algunos. Una amalgama de dimensiones corpóreo-espirituales, argüirán otros. Lo que sí es cierto es que este asombro inicial debe su existencia a la sed humana de conocer. El individuo, por tanto, se relaciona con esos elementos sociales que tiene a su alcance, y lo que ve no le deja indiferente, puesto que basará su vida (casi por completo) en nutrir los enraizados que forja la sociedad. Mas ¿qué observa? Lo que el humano contempla en los ojos del compañero es el reflejo de sí mismo. Hipotético, idealizado, pero de sí mismo. Por ello la perplejidad de este fatídico encuentro, siembra dudas. Dudas que no serán fácilmente evitables, y que abrirán la puerta a todo un mundo de preguntas y densas nieblas en el alma, en la mente. El hombre mira, ve, y se

aparta, estrellado por una serie de emociones que afloran al creer comprender la esencia de sí mismo. Debemos suponer, por supuesto, y dadas estas características, una reciprocidad y una multiplicidad de casos. Así observaremos que en cada “espejo” aprendemos algo de nosotros mismos. Sin embargo, no conseguimos hilar todos estos sucesos. No conseguimos comprender. Y conseguimos alcanzar el primer y mayor fiasco de los largos años que han de devenir en nuestra vida: la sinrazón. Y duele, y acuchilla, y encierra. ¿Quién no se ha sentido alguna vez impotente al descubrir algo de sí mismo en otra persona, que no llega a entender, y ha sufrido una confrontación de conscientes? Pues ya el Psicoanálisis del doctor Freud nos reveló estas tres dimensiones aparentemente en armonía, pero en un ardiente caos. Estas interacciones elementales nos sacuden por dentro. No obstante, la misión de la sociedad es mantenernos unidos, juntos, una correlación de intereses. Esta es la forma en que descubrimos nuestra verdadera y única misión vital: conocernos y conocer. Desgraciadamente no siempre es posible.

De alguna manera nace el término “subjetividad”. Podemos dar por sentado que la “objetividad” solo existe en ese mundo de las ideas fantástico, imaginado por Platón. Mas ya desde tiempos inmemoriales, cada realidad es distinta para cada uno y el relativismo ha abrazado fuertemente a la humanidad, en un cálido manto de seguridad en uno mismo y auto-convicción. El hombre, inocente y despreocupado, se ha permitido el escabroso lujo de dar la espalda a la individualidad y maravillarse ante el colectivismo. El verdadero opio del pueblo, a mi parecer. Esta despreocupación reflexiva consiguió abrirnos los ojos hacia otro tipo de realidad: el prójimo. Y si bien probablemente no llegaremos a conocerlo íntegramente (como nada en este mundo, afortunadamente), sí lograremos establecer un criterio bien formado, una consecución idealista de valores y características de este individuo. Más incluso que el que hacemos de nosotros mismos, puesto que a su vez, este personaje tendrá otros cientos de personas de los que quizá deba preocuparse. Y desviar el pensamiento hacia otro es descuidar el propio. Y el descuido es desconocimiento. Y el desconocimiento se acerca peligrosamente al olvido.

Como segundo principal argumento, planteo un interrogante: ¿es posible conocer a alguien completamente? E inherente a este planteamiento, le secunda este otro: y, por

consiguiente, ¿a uno mismo? Bien, yo me posiciono de la siguiente forma: rotundamente no. ¿Qué por qué? Es simple, el conocimiento absoluto no existe.

No podemos intuir siquiera ciertas partes de la esencia de un ser, si ésta se resuelve en continua evolución. Es equivalente a intentar tomar una fotografía de una estrella fugaz sin siquiera estar precavido de su aparición. El raciovitalista madrileño Ortega y Gasset nos legó esta idea: “el hombre es “siendo” y “desiendo”, es decir, la identidad se dibuja y se desdibuja mediante los actos, difuminándose en una algarabía de esencia y circunstancias. Si la fabricación es incompleta y el cuadro no termina de ser pintado, ¿cómo podemos ser capaces de contemplar la obra en pleno esplendor? Así ocurre con las personas. Somos cuadros, maravillosas obras de arte, expuestas a esa ciclópea galería llamada mundo. Dibujamos en nosotros mismos retazos de nuestra magna opus, pero no podemos observarnos y aguardamos pacientemente a que un visitante se detenga delante nuestro, a contemplar nuestra belleza interior. Entonces nos extasiamos mirando en el reflejo de sus ojos, un fugaz destello si el visitante es a corto plazo, una mirada complacida si se queda en nuestras vidas. Tal es el milagro de nuestra existencia. No alcanzamos a ver sino lo que nos muestran. Y por supuesto, tendrá más oportunidad de saber el fortuito adicto al arte que el cuadro pasivo.

Está bien, está bien, ya imagino que a todos se nos habrá pasado por la cabeza el concepto de talento oculto, y de que el mejor maestro en la teoría de la vida es uno mismo. Nada más lejos de la verdad. Si el talento oculto no se materializa en obra física, no se podrá tener en cuenta y será una basta conciencia de la mera esencia de tal. De la misma forma el maestro de tu vida no eres tú por completo. Es tu capacidad de plantar cara al mundo, de desenvainar la espada y batirse en desigual batalla contra la vida. Siempre queda el recuerdo dicen los nostálgicos. Pero lo importante es que el único que podrá apreciar, conocer, saber y comprender es el cercano. El amigo, el padre, el mentor, la pareja. Yo hago y me rehago pero en todo momento como excusa para vivir, para disfrutar.

Preferiría no causar la impresión, con la metáfora anterior, de ser un mero objeto expositivo. Somos tal en cuanto a que la naturaleza humana nos dio la capacidad de opinar, de juzgar, de conocer y evaluar. Todo proyecto de filosofía (proyecto, que no filósofo) fomenta el espíritu crítico, el perpetuo asombro, el anhelo por el saber. ¿Qué mayor fuente de sabiduría que el individuo que se encuentra delante de ti? Todo un

misterio, desde luego. Cuán adecuado, entonces, para efectuar esta tarea, esta idea, este concepto que te hace vibrar: *alétheia*. Pues es éste el quitar el velo de la verdad, este descubrimiento de la esencia, el eterno añoro del filósofo, de aquel que busque la perfecta compenetración, la delicada armonía. No existe un molde predeterminado para la silueta humana. Por tanto, deberemos hacer girar el torno, aplicar ilusión y obtener la más bella figura, una idea. Una idea basta para satisfacer la sed de conocer. Una idea basta para alumbrar toda la senda del saber. El hombre encontró en el perspectivismo la base de relacionarse con su entorno, de redescubrir la verdad, la mayeútica. Y está en nosotros la oportunidad. Y se encuentra en nosotros el poder. El poder de comprender, el más fuerte de todos.

Poseemos un don natural increíble. La razón nos otorgó su dulce miel y nosotros, como osos hambrientos, pedimos más. Esta insaciabilidad es fruto de nuestra simple humanidad. Parecemos tan huecos y somos tan grandes ... Como titanes nos alzamos de puntillas frente al mundo, y el horizonte nos permite discernir los más extraños recovecos del Universo. Y sin embargo, no sabemos nada de nosotros mismos y necesitamos conocer de la mano de aquellos que nos acompañan en este inmenso y caudaloso río que es la vida. Así entenderemos a nuestros compañeros de travesía, nuestro propio y personal mundo girará en torno a ellos, y nosotros nos relajaremos y disfrutaremos de la corriente, flotando felices en la delicada espuma del saber, sobre el gran lecho de la tierra, en la mejor compañía que podamos soñar: aquellos a quien queremos.

Andrada Priscila Iordache (Ani Kaze)

I.E.S. Alameda de Osuna. Madrid

Diariamente nos relacionamos con seres semejantes a nosotros mismos, intercambiamos ideas, sentimientos e incluso pensamientos, ¿por qué? La respuesta a tal pregunta, planteada de esta manera, es fácil: porque necesitamos de los demás. Los mismos filósofos de la antigua Grecia necesitaban conocer los que les rodeaban para poder elaborar sus conclusiones. En el caso de nuestra sociedad, diré que es absolutamente incoherente afirmar que podríamos vivir sin los demás. Necesitamos que alguien apruebe hechos y, es más, que nos apruebe como individuos. Ahora bien, se pueden dar relaciones y situaciones en las que esa sociedad, entendida como el conjunto de seres humanos con los que convivimos diariamente, no juegan un papel sumamente importante en nosotros mismos, pero es imposible que no asimilemos aunque sea de manera inconsciente ideas o hábitos de ellas. Pero también podemos aprender a controlarnos, buscando un término medio, cumpliendo lo que se nos requiere sin dejar de lado nuestras propias ideas. No es necesario que los miembros de la sociedad decidan nuestras vidas; no es lógico que la sociedad viva por nosotros. Pensamos que si no hacemos lo que los demás nos dicen, no seremos aceptados. Pero, ya decía Nietzsche: “Suprimid nuestras generaciones, o bien sufriros a vosotros mismos”. Entiendo esta expresión como una manera de reclamar libertad en nuestras opiniones.

Últimamente se habla de “modas”. Bien, las modas se pueden aceptar, pero no se pueden moldear. Es cierto que es más fácil dejarse llevar y no intentar siquiera cambiarlas, aunque sea por mero interés propio. Pero resulta que, luego, la sociedad muestra su descontento y quiere que se reconozca a todos y a cada uno de los seres que la componen como algo individual y único. Y yo me pregunto ¿acaso se hace algo para evitar caer en la monotonía de la sociedad y en la repetición de lo que hacen los demás? Pensamos que es difícil y realmente no lo es. Véase, por ejemplo, que cuando alguien lleva un tipo de prenda, que resulta “estar de moda”, nos es muy difícil llevar la misma prenda o al menos intentar imitarla. Entonces visto así, si alguien lleva un tipo de prenda que resulta “estar a la moda”, no es muy fácil llevar la misma prenda o al menos

intentar imitarla. Entonces visto así, si alguien alzase la voz, exigiendo su individualidad ¿no intentaríamos todos los demás imitarle? Nos falta el primer paso.

Ya decía anteriormente que necesitamos de la sociedad y por tanto, dependemos de ella para dar ese primer paso en la búsqueda de nuestra identidad y de la defensa de la misma como única. También es cierto que al relacionarnos con los demás, tendemos a adoptar cierto parecido. Pero eso es solo una pequeña parte de lo que nos compone. No podemos establecer, por este hecho, que seamos todos iguales. Al establecer contactando con los demás, por ejemplo al hacer una amistad, nos guiamos por una serie de características que tenemos en común. Esa amistad podrá ser más o menos profunda dependiendo de las cosas, y muchas veces los objetivos y metas, en las que coincidamos: Pero hay veces que podemos llegar a sentirnos con un derecho de propiedad sobre esos individuos que consideramos como “buenos amigos”. Es la tendencia que tenemos a querer controlar para sentirnos superiores. La persona que pretende controlar también cree que lo conoce todo sobre nosotros. ¿Es esto posible? No. Ni siquiera nosotros mismos hemos averiguado quiénes somos, a pesar de estar en el siglo XXI. Entonces ¿cómo van a saberlo los demás? Llevamos preguntándonos por nuestra identidad desde hace siglos, y aún no tenemos la respuesta clara. Es teóricamente imposible que un semejante nuestro, exterior a nuestros propios sentimientos, lo haya averiguado y sepa qué es lo que hay dentro de nosotros. Porque ese individuo, está en la misma situación, porque él tampoco sabe quién es. Y, en la medida en que busca una respuesta, hace suposiciones sobre las personas que le rodean. Volviendo a la idea de que todos nos diferenciamos es cuanto a nuestro ser, siempre habrá sentimientos y emociones en nuestro interior que nadie podrá conocer. Esto es lo que les da a los demás la capacidad para pretender controlarnos; la debilidad que mostramos al intentar esconder y proteger esos sentimientos en lo más profundo de nuestro ser.

Concluyendo, y tras esta serie de ideas que acabo de exponer, diría que nadie, absolutamente nadie, puede conocernos mejor que nosotros. Porque sí es cierto que ni siquiera nosotros nos conocemos bien, y hasta que la tarea de buscar y defender nuestra individualidad no esté resuelta, nadie sabrá con perfección qué hay en su interior y, por tanto, no entenderá que es lo que hay en el exterior.

Marta Andrés Fernández (Longboarder)

I.E.S. Cañada Real. Galapagar

Cada día que pasa descubro algo nuevo de mí misma, algo que no conocía y que me sorprende. Esto me lleva a cuestionarme si algún día llegaré a conocerme del todo, y la verdad es que no estoy segura de querer hacerlo, pues a lo mejor descubro que en realidad soy una persona horrible, por lo que quizá sería mejor vivir en la ignorancia. Sin embargo, el conocimiento de uno mismo puede convertirse en una importante herramienta para hacer de este un mundo mejor, ya que nos permitiría entender un poco más el mundo que nos rodea.

Es evidente que es muy difícil llegar a conocerse a uno mismo por completo. Pero ¿qué pasaría si en vez de centrarnos en el conocimiento de uno mismo nos centramos en el de la persona que tenemos al lado? ¿Podríamos llegar a conocerle mejor que lo que él mismo se conoce? No es una respuesta fácil de contestar, ya que hay muchos aspectos de nosotros mismos que los demás perciben mejor que nosotros: aquellas cosas que para nosotros pasan desapercibidas (pues las hacemos casi inconscientemente) pero que pueden llamar la atención de los demás. Sin embargo, hay otros muchos aspectos que influyen en quiénes somos y cómo somos, y que sólo sabemos nosotros. Nuestra forma de pensar y de ver el mundo, por ejemplo, es una de ellas. Si ya es difícil conocerse a uno mismo, conocer a otra persona mejor de lo que ella misma pueda hacer, es más difícil aún.

Se suele decir que las personas que mejor nos conocen son nuestros padres, y en parte es verdad. Gran parte de lo que somos está condicionado por la educación que hemos recibido, por los valores, ideas y pensamientos que nos han inculcado desde pequeños. Por supuesto, la familia cumple un papel determinante en este proceso. Sin embargo, son muchos los casos de personas que no se entienden con sus padres, que hacen cosas que nadie esperaría de ellas. Incluso nuestros amigos se quedan sorprendidos a veces por las cosas que llegamos a hacer.

Los amigos y la familia son importantes factores que intervienen en el proceso de socialización de cada individuo. Cuando somos más pequeños, toda nuestra vida gira

en torno a la familia, y al ser un poco más mayores nos dejamos influir más por los amigos. Se podría pensar que si estos grupos sociales influyen en nuestra forma de ser, podrían también llegar a conocernos mejor de lo que haríamos nosotros. Pero, como he mencionado antes, a veces reaccionamos ante determinadas circunstancias de forma que nadie hubiese imaginado jamás.

Para conocer a alguien mejor que lo que se conoce a sí mismo, habría que descubrir qué es y cómo funciona ese algo que nos determina, que nos hace ser de una determinada forma, que nos diferencia de los demás.

Cuando alguien hace algo inesperado nos preguntamos cosas como “¿en qué estaría pensando?” o “¿qué se la pasaría por la cabeza?” “Nuestros pensamientos son en gran parte los que nos hacen ser de una determinada forma, pues son los que determinan nuestros actos. Pensamientos, recuerdos, ideas, deseos... Todo esto influye en nuestro comportamiento, en quiénes somos, en por qué actuamos como actuamos. Todo lo que hay en nuestra mente influye de una forma u otra. ¿Cómo podemos conocer lo que hay en la mente de alguien, si ni siquiera hemos descubierto aún lo que hay en la nuestra?”

El principal medio que tenemos para saber lo que alguien piensa o siente es el lenguaje. Un amigo nos puede contar lo contento que está por haber ganado la competición en natación. O nos puede expresar su preocupación por un examen que le ha salido mal. Sin embargo, el lenguaje es muchas veces insuficiente o inexacto para expresar lo que siente. De hecho, el arte es un medio de expresar algo que utilizando sólo palabras es muy difícil de expresar. Aunque en muchas ocasiones, el arte es también muy difícil de entender.

Cuando se conoce mucho a una persona, el lenguaje puede llegar a ser innecesario. Una persona muy cercana a nosotros puede entender todo lo que pensamos en un determinado momento sólo con observar la expresión de nuestro rostro, de nuestra mirada. Cuando no interviene el lenguaje, o cualquier otro medio de expresión, la inexactitud de lo que se quiere expresar desaparece, y las dos personas se entienden a la perfección. Las personas con las que conectamos de esta forma, ya sean amigos, familiares, etc., son sin duda las que mejor nos conocen.

Pero eso no quiere decir, ni mucho menos, que nos conozcan mejor que nosotros mismos. ¿Qué puede haber oculto en nosotros que los demás no perciben y que sea

accesible sólo a nosotros mismos si no es lo que hay en nuestra mente?. A mí. Desde luego, no se me ocurre nada.

Nuestra mente es sin duda, algo muy complejo y desconocido, y generalmente, lo desconocido nos da miedo. Precisamente por eso es tan importante intentar conocerla más, para perder el miedo a saber quiénes somos. Pero su enorme complejidad nos dificulta su conocimiento. Podemos intentar conocerla cada vez mejor, pero siempre habrá algo oculto, algo que no consigamos descubrir, algo que no seamos capaces de entender. Así pues, nuestro conocimiento de nosotros mismos, al menos de momento, está limitado y si está limitado para nosotros, mucho más lo estará para alguien que no somos nosotros.

Por lo tanto, conocer a alguien mejor que él mismo es extremadamente complicado, yo diría que imposible. Todo lo que hay en nuestra mente es probablemente lo que más influye en cómo somos. Además, es muy difícil de expresarlo plenamente con los medios de los que disponemos, como ocurre con la inexactitud del lenguaje. Una persona que sea capaz de entendernos a la perfección, sin necesidad, por ejemplo, de las palabras, nos conocería realmente bien, se podría incluso decir que nos conoce casi tanto como nosotros mismos. Pero llegar a este punto es muy difícil y sobrepasarlo sería ya prácticamente imposible. No se puede conocer a una persona mejor de lo que se conoce a ella misma.

En conclusión, es muy probable que nunca lleguemos a conocernos del todo. Pero lo que conocemos de nosotros mismos no puede conocerlo otra persona en su totalidad, porque no hay forma de que pueda acceder a nuestra mente.

Mario Benito Rodríguez (Lethor)

I.E.S. Antares. Rivas Vaciamadrid

Si dejamos a un lado el nivel morfosintáctico de la frase para sumergirnos por completo en el contenido de esta, estamos ante una de esas preguntas que, tras asimilarlas, nos provocarían un leve cosquilleo en el abdomen. Si la mente, caprichosa y curiosa, continuase atando cabos, llegaríamos a un fuerte encogimiento del vientre más profundo. Sudoración. Delirio. Pánico. Parálisis.

Y es que, si existe alguien capaz de conocernos mejor que nosotros mismos, ¿realmente tenemos algún poder sobre nuestra vida? ¿Somos dueños únicos de nuestra persona?

Quizás, para intentar resolver esta cuestión, debemos irnos al comienzo de todo. Al lugar en el cual comenzamos a conocer el mundo sin tener aún consciencia de él. Nueve meses antes de darnos a conocer a la sociedad en la que vivimos ya había una persona que era capaz de identificarnos entre un millón sin jamás habernos visto. Esta parte de la vida, es el momento en el que nos encontraríamos más próximos a una respuesta afirmativa a la pregunta. Sin embargo, la identidad que conformamos en este momento no es nuestra aún. Pertenecemos a otro individuo y por tanto, la pregunta carecería de sentido ya que no existe un “Tú mismo” conformado y dispuesto (o no) a ser conocido.

Si seguimos avanzando en el transcurso de nuestra vida, nos posicionaremos en el punto en el que por primera vez nos damos cuenta de que “somos”. Para Freud, habríamos dado el paso de la fase oral a la fase anal, y para nosotros significaría el comienzo para conformar nuestra identidad. Y es aquí, desde este justo instante, en el que la pregunta, el tema de la disertación cobra sentido, ya que, a partir de este momento nos conocemos a nosotros mismos y podemos intentar averiguar si existe pues, alguien capaz de conocer nuestra identidad mejor.

Cuando nos presentamos a la sociedad nuestra identidad se divide en tres niveles. El primero de todos, es aquel del cual somos conscientes que compartimos con los demás. Dejamos al resto de personas entrar en un trocito de nosotros mismos,

estamos regalando nuestra identidad libremente aunque, sin embargo, escogiendo bien aquello que queremos dar y mostrar abiertamente al mundo. ¿Son entonces estos rasgos propios realmente de nuestra identidad o simplemente aquellos caracteres por los que queremos que se nos reconozca? Hay un segundo nivel que quizás muchos hayan decidido cerrar y vivir únicamente en el primero pero que, conforma también parte de nuestro yo, y ese seguramente aquel que más nos diferencia del resto pero también el más desconocido.

Aquí reside todo aquello que preferimos esconder al mundo. Todos nuestros miedos, nuestras envidias, los celos, frustraciones, complejos, motivaciones y deseo que jamás enseñaremos, que nadie nunca podrá conocer.

Por último quisiera referirme al tercer nivel, el cual podríamos decir que es inverso al segundo. Existe una parte de nosotros, al vivir en sociedad, que mostramos sin ser conscientes de ello. Ciertos patrones de nuestro comportamiento pueden ser interpretados por otras personas que obtendrían una información de nosotros de la cual no somos conscientes que transmitimos y que, junto con los elementos del nivel uno, conforma la opinión que la gente tiene de nosotros. ¿Pero, somos únicamente lo que la gente cree que somos? Aquí vuelve a entrar en juego el segundo nivel y todo aquello que nunca pertenecería a otra mente distinta a la nuestra.

Por tanto, me aventuro en la opinión de que nos conformamos como personas, tras haber delimitado una identidad construida a partir de nosotros mismos, nadie puede llegar a conocernos tal y como somos en la totalidad de nuestro ser. Podrán conocer nuestros gustos, nuestros hábitos, nuestras opiniones. Podrán conocer nuestro cuerpo, estudiar los movimientos que hacemos. Podrán dominar nuestras emociones y nuestros razonamientos. Podrán incluso hacernos creer que saben absolutamente todo de nosotros que existe alguien que nos conoce mejor que nosotros mismos, sin embargo, nunca jamás, nadie mejor que uno mismo sabrá quién es realidad. Nadie.

Beatriz de Castro Julve (Alatriste)

I.E.S. Cervantes. Madrid

Se nos plantea en esta olimpiada filosófica una pregunta compleja, a la cual intentaré responder a de la manera más convincente posible. la cuestión es la siguiente: ¿Puede alguien conocerte a ti mejor que tú mismo?

La respuesta inmediata que nos viene a la cabeza es un ¡no! rotundo, y sin embargo, profundizando un poco más, enseguida nos damos cuenta de que detrás de ese conocimiento de uno mismo se encierra un largo proceso, en el que las personas de nuestro alrededor tienen mucho que ver.

Con todo, intentaré argumentar mi postura, a saber: nadie puede conocerte mejor que tú, pero son aquellas personas externas más cercanas a ti las que te aproximan a este descubrimiento y conocimiento de nosotros mismos.

Está bastante claro que, durante el transcurso de nuestra vida, somos nosotros quienes decidimos cómo, cuándo actuar, el motivo de nuestras acciones personales, los fines y los medios que vamos a emplear. Estamos siendo nosotros mismos y, por tanto, a través de todas nuestras experiencias y acciones nos vamos revelando nuestra identidad, forjándola poco a poco, vamos obteniendo recursos e ideas acerca de nosotros mismos para poder autodefinirnos. Nos estamos conociendo, y este proceso de conocimiento dura toda una vida, siempre podemos sorprendernos a nosotros mismos mediante acciones y experiencias que un día pensamos que jamás haríamos.

Sin embargo, es cierto que en muchas ocasiones se nos plantean circunstancias en las que la opinión personal acerca de nosotros mismos difiere con la opinión que personas cercanas, que nos conocen, tienen acerca de nuestra forma de ser. Y entonces se nos plantea una duda ¿realmente soy como yo creo que soy, o me he formado una idea equivocada acerca de mí mismo? ¿Debo aceptar todas las definiciones externas sobre mí persona o debo plantearme también mi propia opinión?

Pienso que nunca debemos fiarnos plenamente de nosotros mismos, pues puede dar lugar a ideas equivocadas, debemos abrirnos también a las opciones que nos plantean los demás. Obviamente, no debemos tener en cuenta las acepciones de aquellos que no nos conocen bien ni conviven con nosotros en el día a día. Sin embargo, deberían tener un lugar todas aquellas características que nos añaden las personas más allegadas, puesto que muchas veces no somos capaces de ver más allá de lo que creemos ser, y nuestro punto de vista se queda escueto.

Por tanto, las opiniones que otros individuos, a los que estimamos, puedan tener de nosotros debe ser siempre tenida en cuenta, pues nos ayuda a conocernos a fondo a nosotros mismos, complementando nuestra opinión.

De hecho, en el comienzo de la vida, la falta de conocimiento, de experiencia, nos impide tener una idea de cómo somos. Un niño pequeño nunca podrá responder a la pregunta de cómo es, pues aún no se conoce a sí mismo.

Por eso, en este momento las opiniones externas ejercen una gran influencia. Si un niño escucha en su casa expresiones parecidas a: “¡menudo trasto estás hecho!”, “¡qué revoltoso eres!”, seguramente acogerá estas opiniones y las interiorizará, de manera que si alguien hace referencia a su forma de ser, posiblemente dirá con orgullo que es un trasto, un revoltoso, y toda clase de palabras de este tipo. Y también quizá por este motivo, ese niño intentará confirmar la creencia de su padre de que es un terremoto, y se autoconvencerá a sí mismo de que lo es. Y pasará lo siguiente: el niño sabe y reconoce que es revoltoso porque primeramente sus padres le han guiado a ello, le han ayudado a conocerse.

Por lo tanto, opino que nuestra percepción de nosotros mismos es el conjunto, primeramente, de lo que pensamos sobre nosotros mismos y, seguidamente, y no menos importante, de lo que los demás nos dan a entender que somos, con lo que vamos complementando y modificando la manera de vernos a nosotros mismos.

Por ello, remitiendo a lo que he expresado anteriormente, nuestro proceso de conocimiento dura toda la vida, y se modifica constantemente, gracias a nuevas situaciones que nos presentan nuevos alicientes en nuestra manera de autodefinirnos.

Un ejemplo se da en la convivencia con nuestros amigos. Quizá nosotros hemos pensado desde siempre que somos cariñosos, por ejemplo, y un buen día un amigo/a nos dice plenamente convencido: “¡pero que arisco eres! Entonces se produce una reacción extraña: “¿soy realmente cariñoso, o yo creo que soy cariñoso pero los demás no lo perciben así?”. Y entonces comienza una especie de “investigación” para averiguar si es realmente cierto algo de lo que estábamos plenamente seguros y ahora ya no tanto...Debemos plantearnos de nuevo un rasgo de nuestra persona.

Por lo tanto, como conclusión de esta disertación, podemos decir que una persona es quien mejor puede conocerse a si misma, pero este pleno conocimiento es fruto de un largo proceso en el que intervienen más personas aparte de nosotros mismos, que van completando y complementando nuestra manera de percibirnos y definirnos, gracias a las cualidades, defectos o rasgos que nos van expresando a lo largo de nuestra vida.

Pablo Corral Roldán.

I.E.S. Antares. Madrid

La personalidad es algo complejo. Supone un cúmulo o conjunto de circunstancias, vivencias, aspectos culturales, sociales, creencias y formación educativa que de una manera u otra pueden llegar a configurar el carácter de la persona, sus sentimientos o su forma de ver el mundo, aun cuando todo ello es altamente inestable y puede transformarse en cuanto nuevas influencias internas y externas se adhieran a las anteriores. Como consecuencia de todo esto, desarrollamos, a veces sin darnos cuenta, otras veces de manera prefijada, comportamientos y formas de afrontar la vida, las cuales (dado que queramos o no somos animales sociales y gregarios e inevitablemente vamos a experimentar un contacto físico o psicológico con nuestros semejantes) van a ser percibidos por los demás, emitiendo estos seguramente una valoración subjetiva sobre los mismos, aunque sólo se en su cabeza. No nos engañemos. A todos nos gusta jugar a ser psicólogos, a psicoanalizar a nuestros semejantes. Y no sólo nos quedamos ahí. En función de los datos que hayamos obtenido de nuestro psicoanálisis personal, tenderemos a juzgar a la persona positiva o negativamente, teniendo en cuenta además nuestra propia visión del mundo y nuestros prejuicios. Tenemos por tanto que la subjetividad del sujeto analizado genera a su vez subjetividad en el resto de personas. A su vez, los juicios emitidos por las demás personas sobre ella y su comportamiento, podrían obligarle a replantearse su personalidad. Tendríamos entonces que la persona vuelve su visión subjetiva de las cosas sobre sí misma. Subjetividad sobre subjetividad. Psicoanálisis personal. Quebraderos de cabeza. Locura.

Sin embargo, a mi parecer, la valoración subjetiva que los demás e incluso tú mismo, hacen de tu carácter, no va a influir en el mismo. Creo en realidad que si alguien puede conocer la personalidad de alguien sería únicamente dicho alguien. En el fondo todos conocemos nuestras motivaciones a la hora de hacer las cosas, nuestros deseos, nuestros sueños. Los demás pueden dar más o menos en el clavo a la hora de determinar nuestro carácter, pero sólo nosotros podríamos llegar a conocer los entresijos de nuestra

personalidad. Digo podríamos porque la mayor parte de las veces ni nosotros mismos los abemos. Pero menos aún las personas de nuestro entorno.

Vivimos en un mundo de máscaras. Máscaras que nos impone nuestra sociedad y nuestra cultura, pero que la mayoría de las veces nos auto-imponemos nosotros. Con ellas ocultamos nuestras opiniones, nuestros sentimientos y nuestros deseos. Máscaras que pueden disfrazar nuestro verdadero ser (si es que existe un verdadero ser) y ocultarlo con la finalidad de dar estabilidad y establecer unos patrones fijos en nuestras relaciones con los demás. ¿Quién sabe si el payaso es en realidad una persona triste y depresiva? ¿Quién sabe si tras la fachada violenta del fascista y del dictador se esconden en realidad seres con un profundo miedo hacia la vida? ¿Quién puede rasgar las vestiduras de la persona tímida y apática para descubrir en su interior las ansias de liberación, de amor, de volar alto? La respuesta es: sólo ellos pueden atreverse a mirar más allá de la crisálida, de capullo que han formado a su alrededor a base de traumas, vivencias, o simplemente como medio de protección ante el mundo. En definitiva acabar con la mascarada, abandonar el baile y ser uno mismo.

Pero en ocasiones, tristemente la mayor parte de las veces, la máscara está tan integrada en el ser, en el cúmulo, que al final es imposible distinguir entre el látex y la auténtica carne. Simplemente se acepta, se integra y pasa a formar parte del ser tanto o más que el conjunto de experiencias y sentimientos que antes lo formaban. En estos casos, ni siquiera uno mismo es capaz de conocerse o mejor dicho se conoce, pero prefiere conocer su fachada. Prefiere limitarse a compartir el conocimiento que los demás tienen de él. SE conforma y esto incluso puede darle la felicidad, una felicidad atontada y limitada sí, pero el conocimiento rara vez implica felicidad.

Sin embargo, el ser que hemos ocultado se mueve en nuestro interior y puede salir en cualquier momento. Esto suele causar una gran extrañeza a nuestros semejantes, pues habiendo fijado para la persona un carácter en base a la visión subjetiva que de ella se tenía, este puede desmoronarse como un castillo de naipes. Preferimos pensar que las personas funcionan de manera simple, que son simples autómatas a los que podemos manejar presionando los botones adecuados. En realidad, la iniciativa sorprendente, las manifestaciones de libertad y creatividad de nuestros semejantes nos molestan y no solo porque echen por tierra los caminos que habíamos fijado para controlarlos, sino porque sentimos que ellos se han liberado en parte de unas cadenas que todavía nos

mantienen prisioneros con nuestras espaldas contra el muro. No es de extrañar que ese alguien termine siendo el marginado o el criminal. Vivirá para sí mismo, mientras nosotros seguiremos viviendo en base a los demás, esclavizados por las visiones y opiniones que tengan de nosotros aunque en el fondo sepamos que la mayor parte de los mismos se equivocan.

Sin embargo y en definitiva, lo cierto es que la parte de nuestro interior que manifestamos al exterior es al final la permanece en la memoria de nuestros semejantes. Ya lo decía los Beatles en los versos que daban fin a la última canción de su maravilloso último disco: «y al final, el amor que entregas es igual al amor que llevas contigo». Muchas personas eligen vivir toda su vida portando una o varias máscaras. Algunas de estas máscaras serían tales, mientras que otras sean posiblemente su auténtica casa. La verdad es que es imposible para nosotros saberlo. Sólo esa personas podrá saberlo, igual que ni ella misma diferenciaba entre látex y carne porque en definitiva todo formaba parte de su ser. Frente a algunos, mostraría actitudes falsas, mientras que otros tendrían el privilegio (porque en este hipócrita mundo ese es el mayor privilegio) de conocer sus verdaderos sentimientos.

En la última escena de *Ciudadano Kane*, el periodista encargado de descubrir el significado de la palabra que Charlse Foster Kane pronunió antes de morir, *Rosebud*, llega a la conclusión de que nadie, sino el propio Kane, podría averiguar su significado. Tras entrevistarse con sus amigos, su amante y su mayordomo, sólo descubre diferentes visiones subjetivas qu estos tenían de él. En una vida tan intensa, en la que demostró tantas caras, en la que nadie pareció conocerlo realmente. ¿Cómo iba una simple palabra a definir su auténtico ser? «De todos modos nos importa», concluye el periodista. Aunque supiésemos su significado, no nos diría nada. Ninguna palabra puede resumir la vida de un hombre. El último plano el trineo, con la inscripción *Resobud*, es en realidad un plano más que la conclusión de la película.

María Jesús González Sánchez (Antígona)

I.E.S. Jaime Ferrán. Collado Villalba

Esta es una cita inscrita en el pronaos del templo de Apolo en Delfos. En castellano, tal y como la mayoría de nosotros lo podemos entender, significa “conócete a ti mismo”.

En relación a esto, cabe citar a Sócrates, primer filósofo que habló –no escribió– sobre el yo, es decir, sobre la identidad personal.

Así, nos adentramos en el tema principal de esta primera Olimpiada filosófica: ¿quién soy yo?, pero en este caso, centrándonos en otra interesante pregunta: ¿puede conocerte alguien mejor que tú mismo?

A simple vista, parece una pregunta con una muy simple respuesta, pero cuando realmente intentamos contestarla nos damos cuenta de que se trata de algo muy complicado, ya que requiere de un estudio psicoanalítico sobre nosotros mismos y sobre todos y todo lo que nos rodea.

Para comenzar me gustaría decir que, al igual que mencioné en mi primer escrito, me gustaría que esta redacción no fuese tan solo un texto a calificar, sino que se tratase de un método de reflexión por el que el lector pueda conocerse un poco más a sí mismo, pudiéndose así superar y mejorar al máximo, al igual que intento hacerlo yo al reflexionar sobre el tema.

De esta forma, antes de nada querría decirles que en esta redacción voy a ser sincera con todos ustedes. Así, les confieso que, aunque mi profesor me ilustre y me oriente hacia filósofos que niegan la existencia de la identidad personal (tal y como Hume, Freud y filósofos postmodernos como Foucault, Rorty y Wittgenstein), mi opinión se aproxima más a la línea de filósofos que defienden la existencia de la identidad personal, tal y como Descartes y Kant. Sin embargo, veo importante decir que aunque mi pensamiento se acerque más a estos últimos, mi opinión la definirían al completo filósofos como Nietzsche y Ortega. Así voy a citar una famosa frase de Ortega que dice lo siguiente “el hombre no tiene naturaleza, tiene historia”. Esta cita define el

constituyente principal de la identidad personal, la historia, entendida como el conjunto de circunstancias, orígenes, cada momento vivido, etc. Además de todas las decisiones tomadas, que como bien dice Ortega: “el hombre es novelista de sí mismo: original o plagio”, ya que el hombre puede dejarse llevar por su alrededor, tomando ejemplo de su sociedad –plagio- o puede ir en contra de todo, encontrando en su interior su r3eal vocación –original-. Con ello quiero señalar que, como bien se puede observar, mi opinión tiene una gran coincidencia con el pensamiento de Ortega.

En relación a esto, voy a explicar una interesante película que trata sobre el tema. Memento, éste es el título de una película que trata de un hombre, Leonard, quien sufre una amnesia que le impide acumular nuevos recuerdos, por lo que emprende una búsqueda de su identidad personal, para poder saber quién es él. Así, se encuentra con personas que le aseguran que le conocen mejor que él mismo, pero él, sin embargo, no puede creerlo, debido a que nadie puede adentrarse en su interior para vivir todas las experiencias ocurridas a lo largo de toda su vida, porque aun así decide buscar su yo por sus propios métodos.

De esta manera, mi pensamiento es semejante al de Leonard, el protagonista de la anterior película, debido a que, por mucho tiempo que pases junto a una persona y por mucho que esta persona te conozca y entienda, siempre tu conocimiento sobre ti mismo va a ser mayor que el de cualquier personal. Así, pongamos, el supuesto de que existe una chica, llamémosla, por ejemplo Rosa y de que su madre siempre, absolutamente siempre, haya estado junto a ella, en cada instante de su vida. En este raro caso –o como ayer me enseñaron que los filósofos decían, dialéctico caso –por mucho que la madre haya vivido todos los momentos de Rosa, jamás sabrá al completo de qué forma ella los ha vivido, todos sus sentimientos, pasiones o intereses, por lo que según mi opinión, jamás existirá una persona que pueda conocerte mejor que lo haces tú mismo.

En relación a este tema, yo creo que las personas somos incapaces de conocernos completamente a nosotros mismos a lo largo de nuestras vidas, ya que esto se trata de algo muy complicado que engloba a un conjunto de personas de nuestro alrededor, a un conjunto de circunstancias en las que nos ha tocado vivir, a un origen del que procedemos, y aun futuro que todavía no sabemos cómo será y que dependerá de las decisiones tomadas a lo largo de nuestra vida.

Por ello, alcanzar el conocimiento de nosotros mismos al completo es algo muy difícil de lograr. Sin embargo, no digo que no podamos creer que nos conocemos sin límites, tan solo digo que, quieras o no quieras, siempre habrá algún pequeño detalle que no logramos observar o entender, algún pequeño comportamiento mostrado que no reconozcamos en nuestra identidad personal, o algún rasgo de nuestra forma de ser que no admitamos que poseemos.

Por todo esto es por lo que pienso que, si ni siquiera nosotros mismos llegamos a conocernos completamente ¿cómo va a existir una persona que sí que nos conozca al completo? Resulta así algo que observa claramente y que ya he aclarado anteriormente: jamás existirá nadie que llegue a conocer nuestra identidad personal en profundidad.

Finalmente, al igual que hice al principio, me gustaría decir que espero que esta redacción haya sido de utilidad para el lector, y le agradezco a éste el tiempo que ha dedicado en mi texto.

Por último quiero mencionar a un personaje griego que ha sido y será siempre un modelo a seguir en mi vida, debido a su valentía, a su fuerza y a su confianza y seguridad en sí misma, y sobre todo en su identidad personal propia e inquebrantable. Fue un personaje que arriesgó su vida por seguir sus ideales, en contra de la sociedad y de todo lo que le rodeaba, tan solo por no traicionarse a sí misma y debido a su seguridad en el conocimiento de su propia identidad personal. Esta griega de la que hablo murió por rendir culto a su hermano, desterrado de la sociedad. Se trata, concluyo así, de la protagonista de un famoso mito, el mito que lleva su nombre, Antígona.

Jorge Laraña Aragón (Fíguro)

I.E.S. Isaac Newton. Madrid

Esta pregunta nos lleva directamente a la cuestión de la identidad, en concreto, de la identidad personal. Este tema ha estado presente en la filosofía desde tiempos remotos. Ya en la Antigua Grecia, Sócrates planteó el problema de la identidad como uno de los objetivos más importantes que el ser humano ha de conseguir resolver en su existencia. En palabras de este filósofo: “conócete a ti mismo”. La pregunta, por tanto, podría formularse de la siguiente manera: ¿Puede alguien conocer tu identidad personal mejor que tú mismo?

A mi juicio la respuesta es negativa. Sin embargo, obviamente la respuesta no es clara debido a que antes deberíamos preguntarnos sobre nuestra identidad y sobre qué es el conocimiento de uno mismo. A este respecto, estoy totalmente de acuerdo con la afirmación de que la identidad no es algo constante ni invariable en el tiempo, fijo, sino que está en continuo cambio. Tal y como Jorge Pérez de Tudela nos citó ayer en su charla: “No llegas a conocerte a ti mismo hasta el último día de tu vida”. Y de acuerdo con esto, la identidad es algo continuo, susceptible a cambios, que no deja de forjarse hasta el último día de la existencia del hombre. Por tanto, apoyo esta tesis en las ideas de Freud y Lacan, y en general del psicoanálisis, que se basan en que la identidad se va transformando mediante unos procesos a los que denominan identificaciones, por los cuales tomamos partes de las identidades de otras personas, especialmente durante la etapa de la infancia. Un símil que puede ayudar a comprender esto es el modelo de un puzle o rompecabezas que sería la identidad personal, la cual se va completando con piezas desde el día en que nacemos hasta nuestra muerte.

Un ejemplo de esto sería que cuando somos pequeños, imitamos la postura corporal de los adultos que están en nuestro entorno familiar. Esta imitación no es consciente sino que, por el contrario, reside en el inconsciente freudiano. Así pues, por ser más concreto, hay niños que imitan la forma de andar de su abuelo, por ejemplo. De esta manera, la identidad no permanece invariable ante el inexorable paso del tiempo.

Por tanto, podemos afirmar que nadie, ni incluso uno mismo llega a conocer toda la identidad personal, sino que, únicamente los demás conocen pequeñas partes de tu identidad (como tu aspecto, tu personalidad o carácter, etc.) y tú no eres capaz de conocerla por completo hasta el instante último que precede a tu muerte.

Esto se apoya en que, en la realidad, existen casos de auténticos psicópatas, asesinos que pueden haber tenido oculto ese rasgo de identidad durante mucho tiempo y que en un momento determinado aflora a la personalidad del sujeto, incitándole a cometer atrocidades. En estas situaciones, los familiares del individuo nunca han notado ninguna tendencia de este tipo, y es más, al principio se niegan a creer los viles actos que han realizado.

Con esto quiero decir que no se puede conocer a una persona al cien por cien sino que tan solo se conocen determinados rasgos de identidad. Prueba de ello es que para cada una de las personas que te conocen muy bien, la misma realidad, tú y tu identidad son percibidas de manera muy diferente por aquellas personas muy cercanas a ti.

Podríamos clasificar los rasgos que conforman la identidad en dos tipos: unos individuales, propios de la persona, subjetivos en los que estaría muy presente el inconsciente individual; y otros colectivos, que son compartidos por un conjunto de personas que comparten algún tipo de relación o circunstancia.

Estos últimos rasgos constituyen las más fáciles partes de la identidad de un individuo que otros individuos, que compartan con éste la pertenencia a un determinado grupo, llegan a conocer no mejor, sino de igual manera. Esto es posible ya que ese rasgo colectivo (debido a la pertenencia a un grupo cultural, político, religioso, étnico, etc.) se comparte por todos los integrantes del conjunto. Para ese determinado rasgo colectivo, cada una de las personas del grupo conocen un rasgo de su identidad (el de pertenecer al grupo) al igual que los otros dentro del mismo grupo también lo conocen, y no solo lo conocen sino que además lo comparten.

Estas identidades compartidas resultan muy peligrosas ya que los grupos mencionados anteriormente se forman por exclusión de aquellos que no pertenecen al colectivo. Esto se observa claramente en una película titulada *Die Welle* basada en una novela. La película trata de lo fácil que es llevar a cabo un fascismo. En una clase de

Alemania un profesor de claras tendencias rebeldes y anarquista, en la semana de proyectos se ve obligado a dar una serie de clases sobre el concepto de Autocracia el cual es la base de todo fascismo. Es en este momento cuando decide realizar un experimento de nazismo. Los alumnos y el profesor se convierten en un grupo, adquiriendo unos símbolos específicos como son unos uniformes y un saludo para identificarse en el grupo. Como he dicho anteriormente, el grupo se forma por exclusión y así sucede en la película cuando el profesor expulsa de su clase a todos aquellos que se niegan a formar parte del experimento. Como se puede imaginar, las consecuencias a corto plazo son positivas, los alumnos están más unidos, colaboran unos con otros, son solidarios, hay una fuerza de grupo, pero las consecuencias últimas del experimento resultan nefastas hasta el punto en el que el profesor se le va de las manos la situación y cuando finalmente decide poner fin al grupo hay gente para los que tristemente el grupo es toda su vida y no tienen nada más, que decide oponerse violentamente, llegando a disparar contra todos los que se posicionan en contra del grupo.

Observamos pues, la fuerza de la masa que arrastra a la mayoría de individuos y aquellos, una minoría, que se oponen a la tendencia general, (y que demuestran gran coraje y fuerza de voluntad por ello) resultan excluidos, discriminados e incluso considerados como enemigos del grupo a los cuales hay que perseguir y eliminar. Por consiguiente, vemos lo fácil que resulta el triunfo de estos movimientos y contamos con claros ejemplos en la historia del hombre que lo demuestran. El más conocido por su belicosidad y por sus atrocidades sería el tercer Reich. El nazismo que triunfa en esta época liderado por el partido nazi y por Adolf Hitler acaba imponiéndose, precisamente no por una vía totalitaria como podía haber sucedido a través de un golpe de Estado, sino por vía democrática, a través de la cual este partido gana las elecciones. Lo mismo ocurre con otras ideologías políticas fascistas y con la intolerancia religiosa. Un ejemplo de esta última son tanto la Guerra Santa de los musulmanes contra aquellos que no practican su religión y a los que llaman “infielos” como, por el lado los cristianos las cruzadas durante la Edad Media. De cualquier forma, no hace falta remontarse tanto en la historia, ya que en la realidad, siguen ocurriendo estos fenómenos en el mundo como por ejemplo, el conflicto entre palestinos e israelitas.

Sobre este tema trata el escritor francés de origen argelino A. Maalouf en su libro “Identidades asesinas”, y es que en efecto hay identidades asesinas debido a la exclusión que los grupos hacen de las personas que se muestran contrarias al colectivo a las que atacan.

En conclusión, respondiendo a la pregunta formulada, la identidad es una síntesis de nuestra herencia genética, nuestra experiencia a lo largo de la vida, especialmente en la infancia y nuestros actos, pensamientos y sentimientos a lo largo de nuestra vida. Por tanto, afirmo que los otros solo llegan a conocer ciertos rasgos de nuestra identidad y nunca la identidad personal por completo ya que, ni nosotros mismos llegamos a conocerla hasta el último día de nuestra existencia.

Álvaro Martín Montero (Isabelino).

Real Colegio de Santa Isabel la Asunción. Madrid

Me gustaría empezar a hablar sobre dos aspectos que considero de gran importancia, y a la vez, vitales en la vida del ser humano; vitales porque el ser humano las necesita y porque no podríamos entender su naturaleza sin ellos: la vida y la muerte. Alguien podría pensar que estos dos conceptos se alejan demasiado de la pregunta inicial, “¿Puede alguien conocerme a mí mejor que yo mismo?” Pero partiendo del hecho de que ningún conocimiento debería sernos ajeno para entender la totalidad de un hecho (en este caso la pregunta), creo que empezar a hablar sobre la vida y la muerte es una muy buena forma de empezar.

La vida es tránsito y desarrollo; un proceso en el que el hombre se da a conocer y se conoce a sí mismo. La muerte, por el contrario, es vacío, nada, silencio, infinito... (que conste que mi última intención es dar una connotación negativa a este concepto). Ambos, vida y muerte, se complementan y no podríamos hablar del uno sin el otro, puesto que perderían todo sentido. La vida es especial porque existe la muerte; si viviéramos eternamente nuestra propia existencia se agotaría, es decir, nuestra vida, que se concreta en proyectos futuros, no tendría ni límite ni fin. Si así fuera, ¿qué sentido tendría estudiar o el pensar; tendríamos la eternidad por delante? Y, por otro lado, la muerte no sería ni tan terrorífica ni tan preocupante como lo es para algunos, si no hubiera existencia.

Una vez llegados a este punto preguntémosnos: ¿qué tiene que ver esto con el hombre, con la identidad personal y con la pregunta inicial? De acuerdo, vayamos por partes. No vaya a ser que se nos pierda algo por el camino. Ya hemos dicho que la existencia del ser humano es proyecto. La vida y la muerte hacen que tengamos curiosidad por saber, un hormigueo intelectual (aquello que Platón llamaba “eros”), y es ese hormigueo el que nos lleva a preguntarnos por la existencia y el yo (la identidad). El miedo a morir o la preocupación del ser humano por su condición finita es lo que hace que su desarrollo y su inquietud se hagan algo interesante.

Si hablamos de identidad personal cada uno podría responder una cosa distinta, pero no son tan importantes las respuestas como las preguntas. Lo más importante en Filosofía no es llegar a la clave, sino el camino que se sigue para llegar a ella: los argumentos. Teniendo en cuenta que ni el físico, ni a veces, nuestro propio pensamiento marcan lo que realmente somos, apoyándome en que nuestro cuerpo puede ser modificado sin cambiar la esencia de lo que somos, y que nuestro pensamiento está influido y sometido a la sociedad, propongo como respuesta a la pregunta “¿Quién soy?”, el papel que jugamos en la vida de los demás. Esta respuesta nos ayudará en gran medida a plantearnos el tema inicial.

Nuestras acciones, relaciones, virtudes...hacen que seamos una pieza clave en la vida de los demás. La muerte, retomando este concepto vital, nos preocupa no sólo por el hecho de que algún día desapareceremos, sino por el miedo de perder nuestra identidad (las personas que nos acompañan en ese tránsito que llamamos vida y gracias a las cuales nos formamos en todos los ámbitos).

Muchas veces tenemos impresiones de nosotros mismos que son equivocadas, si las comparamos con la visión de nuestros seres más cercanos. Desempeñamos un papel en el mundo que no es visto por nosotros mismos, es visto por lo demás; son ellos los que realmente pueden responder a lo que somos. Mi identidad, como papel que juego, es lo que yo apporto a otros. Por lo tanto a la pregunta “¿Puede conocerme alguien mejor que yo mismo?”, mi respuesta es que sí.

Jesús Martín Muñoz (Orfeo Urbano)

Colegio Nazaret Oporto. Madrid

Ser humano; algo verdaderamente sorprendente. A fin de cuentas es tan sólo un mamífero más; un primate sin vello. Sin embargo, es el único animal con una serie de rasgos no superficiales, no objetivos. No “previsibles”, como el significado oculto de una metáfora: nos debemos a la mente, el pensamiento; la psicología humana, extremadamente compleja y distinta de la animal.

La principal característica de los animales es que actúan por instinto; ante una determinada situación hay unos patrones de actuación fijos, que podrían ser previsibles con un estado adecuado del animal en cuestión y del entorno en que se halla. Los humanos, en cambio, van “más allá”: además de meditar lo “beneficioso” y lo “perjudicial” de una acción –como el animal que es- también piensan de una manera social, buscando, en ocasiones, la ética; también de una manera estética, dejándose llevar por sus sentimientos o, en algunos casos, buscando hacer daño a sus semejantes. No obstante, tras haber estudiado detenidamente a una persona ¿se podrían conocer al completo sus decisiones? ¿Es posible anticiparse a las acciones del resto? ¿Es posible “leer la mente” de nuestros semejantes? Con esta disertación buscaremos posibles respuestas.

Retornemos al principio y volvamos a analizar al ser humano como animal. Partiendo de esa afirmación, podemos asegurar que también reacciona por instinto; posee ciertas acciones previsibles y fáciles de conocer: si tiene hambre, come; si tiene sueño, duerme. Si a todo ello le sumamos su curiosa tendencia a la vida en sociedad y la interpretamos como algo parecido a un “método de estudio”, el resultado será que es posible conocer, en gran medida, la psicología de nuestros semejantes: una madre conoce las reacciones e impresiones de su hijo ante un hecho mejor que nadie; dos amantes poseen una “intimidad” compartida que les hace conocerse y comunicarse de una manera casi telepática.

Sin embargo, como se venía hablando en la introducción, la ética, la moral, los sentimientos y otra serie de prejuicios –o incluso complejos- condicionan de manera

relevante las decisiones de los seres humanos, por lo que éstas se vuelven algo más imprevisibles. Pero, de igual modo, gracias a la convivencia social, en la que influyen factores tan importantes como la política, y el poder de los medios de comunicación para controlar y manipular a las masas, haciéndoles seguir un modelo de conducta más o menos homogéneo, hace que sus decisiones puedan ser conocidas con relativa facilidad.

Analicemos ahora una conducta humana individual y planteémonos la siguiente pregunta: ¿son todas sus acciones “públicas”? es decir, ¿acaso e ser humano no “juega” con las apariencias? Esto último parece ser algo innato a la especie humana, y es que el término “persona”, procedente del latín, se utilizaba para designar a las máscaras que utilizaban los actores de teatro; cuando vivimos en sociedad, mostramos tan sólo una “parte pública” de nosotros mismos. Pero, al igual que sucede con un iceberg, “hay mucho más sobre la superficie”. ¿Acaso no es posible que el hijo oculte a la madre sus gustos si éstos pueden chocar con su “anticuada” mentalidad? ¿Acaso un amante no es infiel sin que el otro lo sepa, y aún le jura “amor eterno”? Tal y como afirmó Nietzsche en su día, el ser humano se diferencia de los animales en su capacidad de ocultar y “modificar” la realidad. El ser humano miente; es sólo un actor en la sociedad.

Visto así, podríamos afirmar que “ sólo yo me conozco a mí mismo”, y, de hecho, hacerlo parece bastante lógico. Pero hay un elemento más: la actividad subconsciente. A lo largo de la vida de una persona, es posible que numerosas acciones queden grabadas en su memoria muy discretamente, a modo de traumas. Pero, gracias al mecanismo de defensa de la mente, gracias a esa “remoción” de sucesos, los recuerdos desagradables quedan como olvidados; como enterrados. No obstante, condicionarán, sin apenas darnos cuenta, las acciones de la vida social y privada. Y ni siquiera nosotros conocemos el porqué de ciertas decisiones, influidas por el subconsciente. En palabras de Sigmund Freud: “Nadie puede aspirar y conocerse a sí mismo”.

De este modo, la jerarquía de condicionantes de la conducta humana sería la siguiente: primero el subconsciente, que domina la actividad privada y social y después la sociedad, quedando en el último estrato la actividad privada, personal y consciente, única en nosotros, la cual nos define: sólo nosotros la conocemos. Nadie nos conoce como nosotros mismos.

¿Cuál es la conclusión? La referida en el anterior párrafo: “sólo yo me conozco a

mí mismo”. Pero no al cien por cien. Sería más adecuada, por extraño que parezca, la siguiente afirmación: “Ni siquiera yo me conozco a mí mismo; soy totalmente imprevisible”.

Así, el ser humano es el único animal que puede aspirar a ser un asesino en serie o un terrorista. Ser humano; algo verdaderamente asombroso...

Pablo Rivera Pérez (Faetón)

Colegio Jesús María. Madrid

El problema del conocimiento personal es muy frecuente que se dé en distintos momentos de la vida, bien en crisis de identidad o en cualquier situación en la que uno duda de si realmente sabe cómo es. Quizá que nos conozcan mejor los demás puede ser motivo de temor y miedo a poder ser manipulados por agentes externos. De ahí la problemática de la cuestión planteada.

Aunque es una tarea muy difícil, sí que puede otra persona conocernos mejor que nosotros mismos, saber predecir cuál va a ser nuestro comportamiento ante una determinada situación o descubrir fobias, ambiciones, preocupaciones interiorizadas y ocultas incluso para el propio sujeto.

Para apoyar esta tesis, primeramente se puede partir del carácter subjetivo que tiene el análisis de uno mismo. Cuando alguien se plantea hacerse una “autoinvestigación” es tremendamente complicado, ya que uno debe atravesar sólidas barreras que atacan a sí mismo. Un ejemplo metafórico, pero bastante relacionado, sería que autoanalizarnos, se asemejara a mirarnos el interior de la cavidad bucal. Por nosotros mismos, la tarea es imposible debido a la posición de nuestros ojos. Para ello sería preciso un elemento externo que nos apoyara; por ejemplo, un espejo. Pero ¿no aparecería ya la duda metódica cartesiana? ¿Y si el espejo nos da una visión deformada de la que no somos conscientes? Las posturas que apoyan el completo conocimiento personal no se dan cuenta de que nuestro propio ser deforma lo que vemos en nuestro interior, es subjetivo. Otro ejemplo que apoya este argumento, está obtenido de la ciencia, sobre todo en investigación científica y médica. Es el doble ciego y el triple ciego. Consiste en que tanto el examinador como el examinado (en el caso de una investigación en la medicina) deben desconocer el transcurso del experimento. En las pruebas de medicamentos, si el paciente sabe que se los suministran, se produce el efecto placebo y no se da un correcto análisis. Lo mismo puede ocurrir con la influencia médica. Por lo tanto, también la ciencia afirma que el subjetivismo juega un papel perjudicial.

También apoya la tesis la necesidad y veracidad de las críticas externas. La crítica es un genial procedimiento para conocer cualquier elemento a la perfección la crítica de una obra de teatro, película, cuadro..., implican un análisis detallado de éste y una sólida opinión sobre su valor. Sería conceptualmente complicado igualar una persona con un objeto artificial, pero la idea es semejante. La crítica de los comportamientos, sentimientos, ideas de una persona, llevan al conocimiento de ella. Kant estableció, ya en el siglo XVIII una crítica a la razón para lograr un profundo análisis de ella. No obstante surge una cuestión, ¿no sería válida la autocrítica? No tan veraz y objetiva como la realizada por los demás. Para el director de una película es complicado rebatir su propia obra, pero no para alguien ajeno a ella. Por lo tanto, quien más verazmente critique, mayor conocimiento tendrá. Y como la postura más objetiva es la de otras personas, pueden llegar a conocernos más que nosotros mismos. La limitación de la autocrítica se encuentra en el deseo innato de justificar nuestras acciones y en una “fuerza” que nos empuja a esquivar responsabilidades, “barreras” a las que los demás no deben enfrentarse. Este sería el espejo citado en el anterior argumento.

También verifica la tesis la vulnerabilidad de la mente humana. Partiré de una postura monista por lo que somos un cuerpo concentrado en un órgano racional, el cerebro, cuya actividad es la mente. A esta afirmación del materialismo humano, se oponen las teorías dualistas que intentan verificar la existencia de una realidad extracorporal, de la que sin embargo, ni poseen base empírica ni explicación convincente de en qué consiste.

Si justificamos este monismo, podemos darnos cuenta de que somos una sustancia material sin más que cumple las leyes físicas, las explicaciones biológicas. Por lo tanto, nuestra manipulación no debe ser tan complicada y, por consiguiente, el conocimiento del “yo” personal por agentes externos no es tan difícil de lograr. Tan solo son necesarios los métodos que logren “abrir estas puertas”. Uno de ellos, por ejemplo, sería el uso de una falacia muy extendida: las preguntas complejas, muy empleadas en interrogatorios policiales, en las que se ocultan presuposiciones que el interrogado puede afirmar inconscientemente. Además en muchas novelas de ciencia ficción como “1984” de George Orwell, hay un empleo de métodos que permiten moldear los

sentimientos, ideologías y deseos humanos. La mente es un cuerpo sólido, pero más frágil de lo que se cree.

Por lo tanto, sí pueden conocernos mejor que nosotros mismos. Nuestro análisis personal está limitado por la visión subjetiva de nuestra persona, en contraposición con la veracidad de las posturas ajenas, que mediante su crítica, pueden lograr un conocimiento casi científico, objetivo y denotativo. Además la vulnerabilidad de nuestro cerebro, limitado por ser simplemente una sustancia material hace que otros puedan descubrir nuestro interior e incluso que lleven a cabo una manipulación del mismo.

Ramón Rodríguez Riesco (Siroco)

Colegio Retamar. Pozuelo.

La búsqueda de una identidad personal propia y diferenciada es sin duda uno de los problemas a los que todas las personas se deben enfrentar a lo largo de sus vidas. Desde el Oráculo de Delfos que decía “conócete a ti mismo”, todos nosotros nos hemos tenido que enfrentar a esa búsqueda de unas cualidades específicas que nos distinguen de los demás. No obstante, en esa búsqueda no estamos solos, sino que contamos con la ayuda de padres, amigos o profesores que nos pueden ayudar a encontrar solución a muchos de los problemas que se nos presentan en la vida diaria. En cualquier caso, ¿pueden ellos conocernos mejor que nosotros mismos?

En este ensayo trataré de dar solución a esta difícil respuesta partiendo de la postura de que, aunque en ocasiones nos puedan ayudar otras personas y parezcan conocernos bien, al final es uno mismo el que mejor se conoce.

En primer lugar, entre las personas que parecen conocernos mejor encontramos a nuestros padres. Es evidente que ellos nos conocen pues han sido testigos de nuestro desarrollo desde que nacimos y nos han educado según sus propios valores y creencias. Así, nuestros padres conocen nuestro temperamento, que al ser hereditario se parece al suyo en muchos casos, y también parecen saber cómo pensamos, pues al fin y al cabo nos han educado ellos. Sin embargo, la tendencia de los jóvenes a buscar la individualidad y la libertad hace que muchas veces tengan confrontaciones con sus padres, que representan la autoridad y quieren formarlos de un modo específico. Este hecho se comprueba por ejemplo cuando unos padres no dejan a su hijo relacionarse con determinados amigos y tratan de influenciarle en sus relaciones. Se trata de un claro síntoma de desconocimiento de la personalidad de ese hijo, que quiere amigos con los que quizás comparte gustos o aficiones.

De este modo, parece que quizás no sean los padres, sino los amigos lo que mejor pueden conocer a una persona. El hecho de que dos amigos hayan compartido experiencias juntos refuerza sin lugar a dudas su conocimiento mutuo. Así, quienes consideran que existen otras personas que pueden conocernos mejor que nosotros

mismos defenderán probablemente que un amigo sabe casi siempre cómo será nuestra reacción ante determinada situación. Pongamos un ejemplo que parece corroborar esta tesis: imaginemos un joven estudiante con un temperamento que le hace ponerse de mal humor y discutir ante cualquier problema. Este estudiante se va de viaje con su mejor amigo y cuando llegan a su destino, resulta que las maletas se han perdido. El joven, que se ha propuesto pasar unas vacaciones tranquilas y sin enfados, decide ir a hablar con la compañía para solucionar el problema. No obstante, su amigo, que le conoce bien, no le dejará e irá él mismo, sabiendo de antemano que, aunque se haya propuesto no enfadarse acabará discutiendo con toda seguridad.

No parece, a priori, sencillo encontrar argumentos que demuestren que uno mismo se pueda conocer mejor que sus amigos, como ilustraba este ejemplo. Además, podemos encontrar otras personas que parecen conocernos mejor que nosotros mismos. Es el caso de los psicólogos: vamos a su consulta a contarles nuestros problemas en un intento de que, al conocernos mejor que nosotros mismos, sean capaces de solucionar esos problemas. No obstante, la capacidad de los psicólogos para dar solución a los trastornos de las personas no reside en que nos conozcan mejor, sino en la perspectiva con la que tratan esos problemas, pues desde fuera siempre es más fácil encontrar la solución.

Por otra parte, el ejemplo del profesor y el alumno parece corroborar la idea de que otras personas nos conocen mejor que nosotros mismos. Imaginemos un alumno que se enfrenta a un gran reto, una prueba difícil e importante que no cree que sea capaz de lograr. Su profesor, que le conoce, cree que tiene capacidades suficientes y le asegura que ganará. El alumno acaba logrando ganar la prueba y se sorprende a sí mismo, pues no creía que fuera a ser capaz. Al igual que en el caso de los psicólogos, aunque pueda parecer que el profesor conocía mejor las capacidades del alumno que él mismo, no es cierto que el profesor haya anticipado el éxito gracias a un conocimiento profundo de la personalidad del alumno. En mi opinión, es probablemente la experiencia que tiene con otros alumnos la que le ha llevado a confiar en la victoria de su alumno. Quizás confiaba en él porque la formación del colegio en el que estudia es muy superior a la de otros, pero en ningún caso creo que se pueda asegurar que el profesor conoce al alumno mejor que éste se conoce a sí mismo.

De este modo, considero que, por lo menos en general, nadie puede conocerse

mejor que uno mismo. Así, aunque vivimos en una sociedad que parece coartar nuestra libertad y “encasillarnos” dentro de unos tipos de persona determinados, no es posible decir que esa influencia sea tal que pueda llevarnos a conocer plenamente a una persona, por lo menos no mejor que ella a sí misma.

No podemos meternos en la mente de otra persona. Por mucho que avance la ciencia, parece imposible que podamos acceder a todas las experiencias, relaciones y recuerdos que configuran la identidad de una persona. También parece imposible conocer todos los deseos y proyectos de futuro de una persona, que también configuran su identidad tal y como es hoy en día, por lo que pienso que nadie puede conocer a una persona mejor que ella a sí misma.

En este sentido, debemos también reflexionar sobre el modo en que nos conocemos a nosotros mismos, pues parece claro que, aunque todo el mundo posee una identidad personal, ésta es más tuya cuanto más reflexionas, cuanto más te metes en ti misma y buscas qué cosas son las que te hacen ser y actuar de un modo y no de uno diferente. Puedo tratar de abrirme a un amigo, puedo contarle mis sentimientos y creencias más profundas, pero nunca podré hacer que me conozca mejor que yo a mí mismo, ya que él no puede hacer reflexión en mi conciencia, él no puede meterse en mi mente. En cualquier caso, esto no quiere decir que un buen amigo no pueda conocerme en gran medida y pueda anticipar mis actos, como veíamos en el ejemplo de los dos amigos que iban de viaje, pero en ningún caso me conocerá mejor que yo a mí mismo.

Para concluir, quiero en primer lugar reafirmarme en el convencimiento de que nadie puede conocerme mejor que yo a mí mismo. No obstante, sí es cierto que en muchas situaciones otras personas pueden anticipar mis actos y ayudarme a solucionar problemas gracias a su conocimiento de mi identidad y mi personalidad. En la construcción de la propia identidad es necesario abrirse a los demás y dejar que me conozcan para así poder ayudarme en muchas situaciones donde, quizás por falta de perspectiva, no soy capaz de encontrar el camino adecuado. En cualquier caso, hemos de tener claro que somos nosotros mismos los que debemos reflexionar y conocernos, ya que nadie nos va a conocer mejor que nosotros mismos.

Rodrigo Salguero Torrado (León)

Colegio Virgen de Atocha. Madrid

Había una canción que decía “te levantas cada mañana, sabiendo quién eres”... honestamente, creo que se trata de simples palabras para hacer rimar una estrofa. Nadie a lo largo de la historia de la humanidad ha sabido realizar una imagen de su identidad y de los abundantes elementos que la componen; podemos sacar conclusiones, ciertas conjeturas... pero éstas nunca pueden afirmarse con total certeza.

Esta tarea tan ardua y de una complejidad tan absoluta ha sido llevada a cabo por la historia de la filosofía desde sus inicios, y ningún filósofo ha sido capaz de demostrar quiénes somos y, por tanto, promover una imagen universal de nuestra identidad. Aristóteles buscaba la universalidad del ser humano, los sofistas defendían la subjetividad del ser humano, Hume decía que el “yo” era un falso “yo”, creado por nuestras percepciones... como vemos, respuestas para todos los gustos, pero ninguna verificada con total certeza, es imposible. si bien, podemos acudir a la Historia de la Filosofía en busca de algo de luz o para escoger la respuesta que mejor se acomode a lo que sentimos. Pero creo, que la mejor respuesta, la encontramos nosotros a lo largo de la vida y a lo largo de nuestras experiencias, porque creo que el ser humano, dotado de una gran complejidad, es objetivo en elementos tales como la racionalidad o la autonomía; pero en los conocimientos a lo largo de la vida somos subjetivos, porque nadie vivimos las mismas experiencias y, por tanto, el enfoque a esta pregunta debería ser enfocado mediante la subjetividad.

El ser humano es un ser vivo y, por tanto, ejecuta funciones de nutrición, reproducción y relación. Ésta última es la más importante en esta pregunta, claro está, y voy a tratar de explicarla. El ser humano siente la necesidad de establecer una relación con el mundo que le rodea, con la sociedad en la que vive y establecer una relación con otros seres humanos. Al establecer esta relación, intercambiamos información, conocimientos de nuestras experiencias y vivencias que conforman una parte de la identidad del individuo y, por tanto, se produce una imagen de la identidad del individuo para la otra persona en absoluto verdadera. Usando una metáfora, es como una

televisión; y me explico: el individuo con el que establecemos una relación representa dicho aparato, y mientras la vamos configurando (entiéndase aquí: conociendo o relacionándose) se va viendo algo de brillo y nitidez en la pantalla, lo que en este contexto llamaríamos conocer, en una pequeña parte de la identidad del individuo.

Ahora, retomemos la pregunta: “¿puede conocerte alguien mejor a ti que tú mismo? Analicemos el verbo “conocerte”; “conocerte” es un buen sinónimo de “saber”. Ahora entendamos la pregunta de otra forma... “¿puede saber alguien mejor quién eres tú?” Como ya he explicado en la introducción, nadie se conoce con seguridad a sí mismo, ni con total certeza; pero sí que podemos efectuar ciertas aproximaciones sobre nuestra identidad, y en ese caso quien mejor las realiza es el individuo que posee esa identidad; ya que si la identidad, según mi percepción está formada de una parte biológica (cuerpo y genética), una parte psicológica que agrupa nuestra personalidad y recuerdos que iría dentro de la parte biológica; una influencia social, y un motor de la identidad, abstracto, desconocido y dotado de gran “misticidad” llamado “alma”, ¿quién conoce mejor nuestro cuerpo que nosotros? ¿quién conoce nuestras acciones, deseos o pensamientos mejor que nosotros? ¿Quién conoce nuestras ideas y creencias mejor que nosotros? ¿Quién conoce nuestra personalidad y sentimientos mejor que nosotros? ¿Quién conoce nuestra esencia y entorno social mejor que nosotros? Nadie. Esa sería una buena respuesta. Para Hacienda yo soy un número al cual citan para pagar impuestos; para mis hijos, soy padre; para mi mayor ídolo, yo soy su mayor fan; para un profesor, yo soy su alumno; para mi mejor amigo, yo soy su mejor amigo. Pero el ser todas estas cosas no aporta a los demás conocimientos profundos y definidos sobre mi identidad, sino percepciones y conocimientos profundos y definidos sobre mi identidad, sino percepciones y conocimientos, que aún sin mezclarlo, como si fueran dos ingredientes (usando otra metáfora) no dan lugar a ese maravilloso plato llamado “mi identidad” o “identidad de...”

En muchos casos, y los podría denominar como “miedo a la libertad”, término usado por Fromm, y que niegan la existencia de la libertad del individuo (refiriéndome a la libertad de expresar su identidad), vemos como hay seres humanos que quieren dar una falsa imagen de su identidad, y por tanto, incitando y provocando el equívoco de percepciones de: su identidad, y creando una falsa imagen de la identidad de ese individuo. Por ejemplo, yo puedo odiar jugar al baloncesto, y mis amigos me invitan a

jugar a un partido, y acepto porque si no, no contarán más conmigo; y vuelven a invitarme otra vez para jugar con ellos, ya que la anterior vez, aunque odiara jugar al baloncesto lo hice sólo por complacerles a ellos. Por tanto, para mis amigos, tendrán una imagen de que me gusta jugar al baloncesto, pero yo, en mi profundo conocimiento, odio hacerlo, y es más verdadera mi imagen sobre mi propia identidad que la suya, totalmente errónea. Yo quería dar esa imagen, aunque yo sepa realmente que no es así; pero vayamos más en profundidad a esta cuestión, ¿por qué, aún odiándolo, quise jugar al baloncesto?, por mis amigos y por mis temores a quedarme solo. Por tanto, la identidad muchas veces podemos mostrarla erróneamente, estamos “mintiendo” de alguna manera a la sociedad, y éticamente, no sería correcto. Muchas veces, la percepción de los demás nos influye mucho más que lo que pensamos, queremos y deseamos; y por tanto, tenemos miedo al rechazo al medio social en el que vivimos, y lo que queremos es mostrar una identidad acorde con sus pensamientos y creencias; aun no siendo verdadera. Y aquí encontramos que la persona que mejor conocimiento de lo que hace y lo que siente, y por tanto, la persona que mejor conoce su identidad somos nosotros.

Para apoyar esta opinión podré otro ejemplo, que tal vez nos pueda ilustrar más. Don Quijote, nuestro famoso hidalgo dijo que “él sabía quién era”. Falso. Nadie sabe quién es con seguridad, lo que Don Quijote tendría es una percepción sobre su identidad. Aunque hemos de tener en cuenta que cuando pronuncia estas palabras está en un estado de locura. Pero continúo; Don Quijote a lo largo de su historia deja ver su identidad, sin enmascararla; y por tanto, esta identidad produce diversas percepciones. Para algunos un loco, para algunos un ídolo... pero sólo eso, percepciones. No una imagen definitiva de su identidad. Pero en cualquier caso, aunque Don Quijote se equivocara, el que mejor se podía aproximar a saber quién era Don Quijote era él mismo, ya que él fue el que peleó, padeció, sufrió, venció, pensó, sintió, planeó... y por tanto, quien vivió su identidad.

Por tanto, y para concluir esta disertación, nadie se conoce con certeza a sí mismo ni a los demás; lo que tenemos son ciertas conjeturas o percepciones, pero en absoluto definitivas. Pero en cualquier caso, los que mejor se conocen somos nosotros a nosotros mismos, ya que nosotros somos quienes tenemos esa identidad, y la vivimos; y no los demás, que no saben lo que podemos sentir con certeza, lo que podemos pensar o

lo que podemos hacer o decir. Ellos ven, por decirlo de alguna forma, el resultado, el efecto; y nosotros vemos la causa y el efecto; y por tanto, quién más conocimientos tienes somos nosotros.

Los griegos decían que uno, el día antes de morir, se conocía ya totalmente a sí mismo, y por tanto, sabía quién era. Si esto es así, esperamos hasta que ese día llegue viviendo nuestra vida; aunque las preguntas de “¿quién soy yo?” y “¿me conozco?” sean tan angustiosas; pero si realmente lo descubrimos, todo este sufrimiento a lo largo de la vida habrá valido la pena.

Tarek Salsaá Hernández (Res Cogitans)

I.E.S. Severo Ochoa. Alcobendas

Esta pregunta puede ser una cuestión fácil de responder a simple vista con un «sí», sobre todo cuando uno recuerda a su madre diciendo: “¡Si es que te conozco como si fuera tu madre!” lo que, en realidad, puede querer decir: “¡Si es que te conozco mejor que tú mismo!” No obstante, no hay que fiarse demasiado de las primeras impresiones. Vamos a razonar.

En primer lugar, cabe preguntarse ¿Quién soy yo?

Si empezamos respondiendo desde un punto de vista estrictamente biológico, está bastante claro, y demostrado, que somos una mezcla de varios genes de nuestro padre y un número igual de genes de nuestra madre. Si fuese verdad que nuestros genes determinasen nuestro comportamiento irremediamente, nuestra madre debería conocerse a sí misma y a nuestro padre perfectamente, además de saber con exactitud cuáles de sus genes y de los del padre han sido transmitidos al hijo y, para finalizar, conocer qué efecto tiene cada gen en el hijo, lo que, además de improbable, parece bastante caro.

Pero la verdad es que la cultura también influye en el comportamiento de las personas y según el niño vaya creciendo, adaptará su forma de actuar a la sociedad en que vive para no ser rechazado ni castigado. Considerando estos cambios que el hijo realiza continuamente para adaptarse al medio social y para conseguir alcanzar los objetivos, los progenitores tendrían que evaluar el comportamiento de su hijo continuamente para conocerlo a la perfección y, para cuando saquen conclusiones, el hijo ya habrá cambiado, por lo que el esfuerzo será inútil.

Si, además, la continuidad de esa evaluación se rompe, por ejemplo, cuando los padres mandan al hijo de campamento, el hijo habrá cambiado mucho cuando vuelva.

Por otra parte, también hay que considerar que no solo es la persona lo que se da una identidad personal, sino que la sociedad juega un papel fundamental en su desarrollo.

Aquí, la ventaja en esta batalla del conocimiento del otro la tienen los padres, puesto que son ellos los que han dado a su hijo una identidad personal. ¿De verdad? ¿Seguro? Dejémoslo en que los padres dan un nombre al hijo, quien hereda, además, sus apellidos. En mi opinión, el nombre de alguien no dice nada de él. Una persona puede vivir en cualquier lugar, además de actuar como le convenga. Por esto, hay que concluir este último razonamiento diciendo que los padres dan el nombre y los apellidos a sus hijos y que además los educan siguiendo las normas de la sociedad, pero, como las personas son libres, pueden cambiar sus comportamientos ante las diferentes situaciones frente a las que se encuentran a voluntad, con lo que la propia persona se conocería a sí misma mejor que, por lo menos, sus padres.

A modo de conclusión, podemos decir que nadie nos puede conocer mejor que nosotros mismos, ya que, aunque nuestros padres nos inculquen unos preceptos morales en nuestra niñez, no nos conocen a la perfección a causa de que no estamos siempre con ellos y de que podemos moldear nuestra personalidad al contexto en el que nos encontramos, además de que la sociedad también nos puede cambiar. «Hace falta todo un pueblo para educar a un niño».

Dámaris Sanz Martín (Sira Alighieri)

I.E.S. Manuel de Falla. Coslada

A veces nos dicen frases como «¡qué bien te conozco!» o «es justo lo que esperaba de ti». No nos suele gustar nada que nos digan eso, total ¿qué sabrán ellos? ¿Quiénes son los demás para decirnos lo que podemos o debemos hacer? Hay una expresión que dice «nadie te conoce mejor que tu madre». ¿Seguro? ¿Saben nuestras madres, padres y otros familiares como somos fuera de casa? ¿Saben nuestros amigos o profesores cómo somos en nuestras casa?

Las personas somos como un iceberg, sólo mostramos un diez por ciento de lo que somos. Nadie puede conocerse a sí mismo por completo, aunque queramos. En muchas ocasiones sucede que nos sorprendemos de nuestros propios actos, y así mismo, muchas veces sucede que sorprendemos a los demás. Todo ser humano, tarde o temprano, reflexiona enfrente de un espejo indagando en lo más profundo de su mente y se pregunta: «¿quién soy yo? ¿Quién eres?», con los ojos clavados en ese familiar desconocido llamado reflejo. Odio cuando fallas a un amigo o familiar y dice «es lo que esperaba de ti...» ¿Qué sabrán ellos? ¿Acaso están ahí, en mi mente, oyendo mis pensamientos? ¿Acaso están ahí, en mi corazón, saboreando mis sentimientos? .Sólo ven mi reflejo.

Las personas tienen complejo de luna: muestran una cara y ocultan otra. Vivimos en una sociedad hipócrita, en la que todo el mundo miente casi siempre. Total, la verdad sólo lleva a discusiones y a nadie le gusta que le lleven la contraria. Y a los pocos que alzamos la voz por la verdad intentan callarnos con su superficialidad y consumismo. No importan las ideas propias, sólo los estereotipos. Vivimos bajo el yugo de una sociedad que quiere controlarnos, no conocernos. A ellos no les importa que sintamos amor, por ejemplo, sólo quieren que tengamos sexo, no importa con quien, para llenarse los bolsillos con caros y no siempre útiles tratamientos. Vivimos en un mundo donde se juzga a la gente por sus ropas, su dinero, sus notas de corte, etc. Creen conocernos porque llevamos tal ropa o porque sacamos buenas notas, y por ello debemos ser de una determinada forma. Pero ser buen estudiante no significa ser buena persona, ni llevar

pirings y pinchos significa ser peligrosos. Pero..., ¿qué hay del interior? ¿Acaso no hay que abrir el coco para saborear su leche? Un mundo exterior, un mundo superficial.

Gracias al lenguaje hemos podido transmitir al mundo exterior nuestro mundo interior. Hemos tratado de comprender y conocer el mundo interior de nuestros compañeros, pero al transmitir esta información al lenguaje, se puede llegar a conocer nuestras palabras, pero eso sería sólo un veinte por ciento de ese diez por ciento de iceberg que sale a la superficie. «Diferentes lenguajes , diferentes visiones del mundo», como se comenta en la teoría de Sapir-Whorf

El «mundo interior» tiene que ver también con la cultura y el ambiente en el que hemos sido criados, pero, pese a ello, somos nosotros quienes elaboramos nuestro «mundo interior». La gente del «mundo exterior» no puede conocernos mejor que nosotros mismos, ni siquiera nuestras madres, porque hayamos nacido en España en una familia católica o en África en una musulmana. A todo el mundo le da ahora por juzgar a las personas por su religión y cultura, pero pertenecer a la Iglesia no significa necesariamente que estés en contra del matrimonio homosexual o ser musulmana no implica que estés a favor de llevar el Burkha, por ejemplo. Ni que tu madre sea una borracha y tu padre no dé señales de vida desde que tienes cinco años implica que tú vayas a ser un borracho sin futuro.

Todos dialogamos con nosotros mismos con eso que llamamos «conciencia». A veces al escuchamos, a veces no. Esa conciencia o alma, o espíritu o como prefieran llamarlo (los términos anteriores están tan contaminados que ya nadie sabe qué es qué, y es que el lenguaje tiene sus limitaciones ante el poder del pensamiento) es la base de nuestro «mundo interior», el eje principal del mecanismo que mueve las agujas de nuestra identidad. Pero por supuesto, no lo es todo.

Somos en parte cuerpo y en parte alma. Nuestra identidad está formada en gran parte por el alma, pero seguimos ligados al cuerpo. En el «mundo exterior» ven mi cuerpo y escuchan los ecos de un contaminado lenguaje (tanto no verbal, como oral o escrito), que uso para transmitir parte de mi alma al mundo exterior.

Pueden conocer nuestro cuerpo mejor que nosotros mismos, por ejemplo, un psiquiatra puede conocer nuestro cerebro y como está ligado a ciertas conductas; pero pese a todos los síntomas que presentemos, ese psiquiatra, a pesar de que puede conocer

nuestras conductas e incluso a veces predecirlas, no está dentro de nosotros, «charlando» con nuestra identidad propia, para saber nuestros sentimientos respecto a la situación. Así que no puede conocernos más que nosotros mismos, aunque a veces lo crea así.

Definitivamente, el lenguaje nos contamina, no nos mostramos tal y como somos, en realidad nadie quiere «conocernos», la sociedad «castra» nuestra personalidad y aquellos que creen conocernos viven atrapados en el reflejo de lo que verdaderamente somos. Todo el mundo disfrutará de mi «yo externo», de ese diez por ciento de mi iceberg que asoma tímidamente a la superficie. Pero aquí me quedo yo, con mí media luna oculta, el yo que proyecta el reflejo a la luz de esta sociedad, mi noventa por ciento sumergido, que se irá conmigo a la tumba. Y ya os digo, todo este texto leído no es más que un reflejo de lo que verdaderamente siento y pienso. Podéis comprenderme, pero jamás podréis del todo «conocerme».

Laura Vicente Jiménez (Nayea)

Colegio Salesianos de Atocha

La vida como concepto puede entenderse de muchas maneras y abordarse desde muchas perspectivas diferentes. Es básicamente un proceso continuo de aprendizaje que empieza desde el momento en que nacemos y se desarrolla hasta el final de nuestros días. Esto conlleva una superación personal diaria, un cambio constante que hace imposible poder afirmar con seguridad que nosotros mismos o una persona ajena lleguen a conocernos completamente. En esta permutación, a veces imperceptible, se encuentra la base de nuestra propia identidad, que no deja de estar fundamentada en factores internos y externos que no vienen al caso.

La paulatinidad de este proceso nos hace relativamente susceptibles a caer en la inconsciencia propia sobre el mismo. Es por tanto bastante común que pequeños detalles -o no tan pequeños- que afectan a nuestro día a día, a nuestro pensamiento básico y a nuestras relaciones con los demás, y que para nosotros pasan desapercibidos, sean fácilmente anticipados por aquellos con los que compartimos gran parte de nuestro tiempo.

Es importante señalar, que dichas modificaciones internas no tienen que conducir necesariamente a una maduración personal eternamente positiva, que contribuya a la formación de la auténtica esencia de la persona. Las experiencias en las cuales se sustentan, pueden llevarnos a adquirir una idea errónea de nosotros mismos. Existen influencias externas que, lejos de aportar luz a nuestra oscuridad personal, nos llevan por caminos erróneos que nos impiden desarrollarnos correctamente y nos inducen a utilizar un velamen de hipocresía que amenaza la estabilidad de nuestra personalidad.

Sin embargo, dada la complejidad del ser humano, no podemos evitar preguntarnos qué ocurre con nuestros pensamientos más profundos, con aquellos sentimientos e impulsos que nos sorprenden incluso a nosotros mismos.

El plano interior de un ser humano, únicamente puede ser conocido por el propio individuo. Ni tan siquiera el lenguaje, que trata de acercarlo desde su función

primordial a las relaciones extrapersonales, es capaz de expresar con exactitud los pensamientos de una persona. En este sentido, puede apreciarse fácilmente la imperfección del lenguaje. Hay matices que no pueden expresarse con palabras, sentimientos que todo el mundo dice poseer pero que realmente nadie ha podido definir con exactitud. En nuestra comunicación con los demás, extrapolamos nuestro interior para reflejarlo en la persona en cuestión, pese a no estar seguros de su sensación.

Es por eso que únicamente nosotros mismos podemos llegar, si no al autoconocimiento, imposible en lo que a la rapidez de nuestros cambios se refiere, al menos sí a la previsión de la finalidad de nuestra autorrealización.